

La Esfera

20 Octubre 1917

Año IV.—Núm. 199

ILUSTRACION MUNDIAL



AUTORRETRATO DE ANTONIO RAFAEL MENGES, cuadro que se conserva en el Museo del Prado

DE LA VIDA QUE PASA POR QUÉ SE EXPLOTA Á LOS CÓMICOS

El cierre de un teatro madrileño y la denuncia presentada por los artistas contra la Empresa, han sugerido á Cristóbal de Castro algunas reflexiones acerca de las miserias de la vida teatral. Desde el punto de vista moral, creo que tiene razón en mucho de lo que dice.

Aparte de la inseguridad de las contratas, basadas por lo común en un convenio verbal, enteramente precario, el artista modesto de teatro suele ser un explotado, un asalariado de peor condición que el obrero. Un obrero, cuando trabaja horas extraordinarias sobre la habitual jornada, percibe casi siempre un suplemento de jornal. El artista de teatro toma parte en las funciones de tarde sin cobrar ningún aumento sobre su sueldo ordinario. Asiste á los ensayos, á veces hasta altas horas de la madrugada, y nada cobra tampoco. Con alguna frecuencia se da el caso de que los artistas del Estado llano, coristas, segundas partes, etc., tengan ensayo por la tarde, trabajen en el *vermouth*, vuelvan á trabajar por la noche, y todavía, si hay prisa en poner una obra, ensayen otra vez después de la función, todo ello por tres, cuatro ó diez pesetas de sueldo.

¿Por qué se explota á los cómicos? ¿Por qué se dejan explotar? Contribuyen á ello muchas causas. El exceso de oferta de artistas, la atracción que ejerce la vida del teatro, lo precario é inseguro de los negocios teatrales, la falta de espíritu de asociación entre los comediantes.

Al cabo ¿no pasa algo parecido en el periodismo? Yo no creo que los empresarios sean peores patronos que los de la industria. Lo que ocurre es que el negocio no tiene entrañas en el teatro, ni en ninguna parte, porque la economía política no entiende de vísceras, sino de números. Aun tirando de la cuerda todo lo posible, son pocos los empresarios que se hacen ricos. Muchos se arruinan. Ser caballo blanco es casi tan peligroso como ser caballo de la plaza de toros.

La condición del obrero es mejor, desde el punto de vista de la defensa mutua, no desde el punto de vista del trabajo. Entre trabajar ocho, nueve ó diez horas en monótonas tareas mecánicas por un jornal cuyo término medio es el sueldo del corista, y trabajar como se trabaja en un teatro, es decir, haciendo un trabajo ligero, agradable, en un ambiente de broma, de alegría, propicio á la ilusión y á la esperanza, no hay comparación posible. Todos sabemos de cajistas que se han hecho actores, y de obreritas que se hicieron actrices; pero de actores y actrices que hayan abandonado el teatro para dedicarse á un oficio manual, no he oído hablar nunca.

Se opone á ello el espíritu de clase. El artista de teatro, aunque proceda de las más modestas clases sociales, entra en la clase media, y en una capa de la clase media que, por la índole de sus tareas profesionales, está en contacto con la espuma social, con la gente que brilla y bulle, y hasta forma parte de ella. Pero, además, el trabajo escénico es particularmente atractivo, halaga la vanidad y el espíritu de aventura, está sembrado de oca-

siones ó de ilusiones de hallarlas. Los ejemplos de encumbramiento rápido alucinan á los principiantes. Además, aunque en ocasiones, como las visperas de estreno ó las campañas por provincias, en las que hay que variar mucho el cartel, sea fatigoso, de ordinario no lo es. Un teatro por dentro tiene algo de casino, de tertulia y de lugar de *flirt*. Un amigo mío, andaluz, y digo su naturaleza para indicar que es algo propenso á la exageración, sostiene que los empresarios son unos *primos*, y que tendrían actrices hasta de balde, no siendo, naturalmente, primeras figuras. Hay que comprender la seducción que ejerce sobre una muchachita de humilde procedencia verse en un cuarto de teatro, que es su pequeño sa-

lón; salir al escenario bien ataviada; contemplar su retrato en los periódicos; tener admiradores, aunque sean de menor cuantía. Hay en todo esto un capital de sueños y de ilusiones que hace transigir con las cinco pesetas y hasta con la situación de meritoria.

En todas las profesiones, lo que da fuerza al que trabaja, al asalariado, digámoslo en términos socialistas (aunque el salario se llame honorarios, económicamente es lo mismo), es la especialidad, la dificultad de ser substituido. Un escritor de firma acreditada tiene cierta independencia, porque si riñe con un periódico ó una casa editorial, le buscarán otros. Un gran artista puede imponerse y hasta abusar, en cierta medida, porque si se abusa demasiado, viene el escarmiento.

Pero la linda señorita Furciález no puede abusar ni defenderse siquiera, porque si se va de la compañía, no pasa nada. Al día siguiente hay media docena de señoritas Furciález, no menos lindas, intrigando con el empresario para que las tome en cualesquiera condiciones.

ooo

La asociación es la defensa de los débiles. Eso es lo que ha dado á los obreros su fuerza y los ha convertido en una potencia moderna. Pero no sólo la asociación, sino el número. En un oficio que cuenta millares de operarios, con una cuota pequeña se puede crear un fondo de resistencia, y además, el mismo número es una fuerza. Aparte del número, influyen ciertas condiciones psicológicas. El obrero, quizá porque posee menor barniz de cultura, ó carece de él, tiene más instinto gregario, más disciplina corporativa. En las profesiones liberales suele haber un individualismo anárquico, que dificulta la unión.

Si los actores hubieran sabido formar una Asociación profesional eficiente, habrían mejorado la situación de la clase. Cerca tienen el ejemplo de los músicos.

Los músicos se defienden y se hacen pagar.

Un fagot no tiene más importancia que una damita ó una segunda tiple.

Pero un empresario se ve obligado á guardar ciertas consideraciones al fagot, porque todos los fagotes están asociados, y si se pusiera á malas el empresario, tendría que tocar él el instrumento.

Cristóbal de Castro cree que una federación del arte escénico en que entraran las Sociedades de autores, de empresarios y de actores, mejoraría este estado de cosas.

Es posible; pero lo difícil es que llegaran á concertarse tales elementos, que, aunque tengan por fin el arte, tienen intereses particulares, con frecuencia en discordia.

Por lo pronto, los actores no han sabido organizarse en una Asociación de defensa seria. Y, como pasa en todas las Repúblicas, es muy difícil que los aristócratas, los artistas de fama, mimados y halagados, sientan gran interés por las angustias del Estado llano.

E. GÓMEZ DE BAQUERO



La canción de lo que muere

Nacido que triste
sólo conociste
amargura,
todo muere... Reza...
Sólo la tristeza
perdura.
El dolor te hiere,
el dolor te abrasa,
matándote está...
«La belleza muere»,
«la alegría pasa»
«y el amor se va».

Negras cabelleras
de aquellas primeras
edades lejaras,
los días pasaron
y en nieve os tornaron
las canas.
Mujeres hermosas,
rosas olorosas
que el otoño hiere,
no quedan en ellas
de hermosura huellas...
«La belleza muere».

Nacido que ignoras
que, a. pasar las horas
de prisa,
llanto van dejando
y se van llevando
la risa.
¡Oh, melancolías
de las alegrías

que el dolor abrasa...!
Como un peregrino,
por nuestro camino
«la alegría pasa».

Amantes dementes,
ilusos creyentes
de amor...
Lo queréis eterno,
siendo él un infierno
que rige el dolor.
¿Eternos amores?
Igual que las flores,
amor se caerá...
Al pasar los años,
vienen desengaños
«y el amor se va».

Nacido que triste
sólo conociste
amargura,
todo muere... Reza...
Sólo la tristeza
perdura.
El dolor te hiere,
el dolor te abrasa,
matándote está...
«La belleza muere»,
«la alegría pasa»
«y el amor se va».

Joaquín DICENTA (hijo)

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

DOS CENTENARIOS

LA PATRIA EN COVADONGA

HACE tiempo ya, y coincidiendo con otras personas, inicié en LA ESFERA la celebración del Centenario de la batalla de Covadonga, donde renace Iberia, donde nuestra actual nacionalidad tiene su cuna. No pretendía yo solamente que se organizaran unas fiestas conmemorativas, más ó menos banales; quería que esa fecha quedara consagrada como el *día de la Patria*. Suprimida la conmemoración del Dos de Mayo, que, al cabo, á pesar de su intensa representación, era una fiesta local, valía la pena de imitar á los países que más enamoraron á nuestros radicales de la izquierda, y tener, como tienen los Estados Unidos, el *día de la Bandera*, que celebran, desde el Presidente, al último obrero yanqui.

Pedía yo más: pedía que la palabra Covadonga fuese un símbolo de renovación, de anhelos juveniles, de esperanzas puestas en la eficacia de la virtud y del trabajo; que fuese un honor en las universidades, un premio en las escuelas, una recompensa en las fábricas y talleres; que fuese para las generaciones nuevas lo que fué la batalla para los guerrilleros de Pelayo: la esperanza de recobrar la patria perdida y la confianza de cada uno en sí mismo de volver á tenerla gloriosa y fuerte, culta y rica, temida y envidiada...

Pedía yo que presidiera las fiestas del Centenario el Príncipe de Asturias; que le rodearan delegaciones de la juventud universitaria, escolar, comercial y obrera; que se creara la Orden civil de Covadonga sólo para los jóvenes que conquistaran este honor, y que de aquí en adelante, cada año fuese la juventud la que preparara en cada ciudad, en cada pueblo y en cada aldea la conmemoración de Covadonga, el día de la Bandera, el día de la Patria. Como al pie de la montaña bravía que esconde la gruta donde se refugió Pelayo, en cada centro escolar debería haber un *Campo de la Jura*, porque si España, en las conmociones de Europa, ha de recobrar su poderío, lo logrará sólo si la juventud se apresta á realizar aquella misma honda transformación que se realiza en el alma española después de la rota del Guadalete.

El Gobierno pareció recoger mi iniciativa con entusiasmo, y los diputados y senadores asturianos parecían dispuestos á trabajar denodada-

mente en la organización del Centenario. Comenzaron á correr los días y á pasar los meses... No hay esperanza ya de que ni el Gobierno, ni los parlamentarios, ni los políticos se quieran acordar del Centenario de Covadonga ni del día de la Patria.

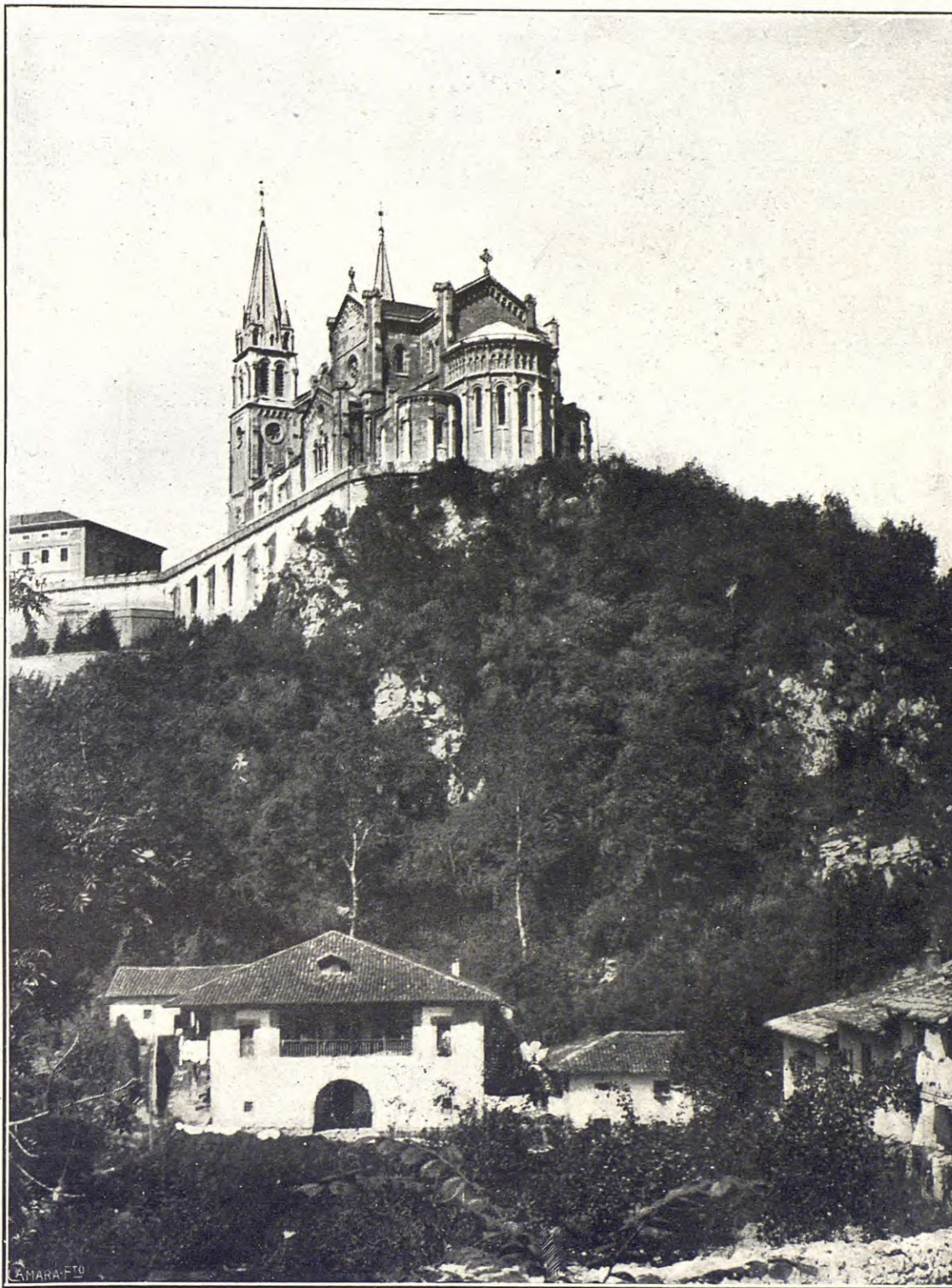
Paralelamente á mi iniciativa surgió en Asturias el anhelo de celebrar con fiestas religiosas la conmemoración del contenido de fe católica que hay en la cueva de Covadonga, donde se rinde culto á una Virgen que va unida á la historia de Pelayo y que, ante el amor fervoroso de los asturianos, aparece aureolada con los encantos de la tradición y la poesía de la leyenda. No había incompatibilidad, ni podía haberla, entre el Centenario cívico y patriótico, y el Centenario religioso; no sólo no se excluían, sino que se completaban. Covadonga es juntamente la Patria y la Fe. Pues bien, los hombres que han cumpli-

do con su deber, son los hombres de la Fe. No hay en esto censura para ellos, sino elogio. En cambio, los políticos, los liberales, los radicales, los que luego protestarán de que el Centenario haya sido acaparado por las derechas y revestido por una significación religiosa — clerical, se dirá en algún periódico partidista —, se han cruzado de brazos, han desertado de su deber, no han hecho nada ni han querido dejar hacer, nos han engañado con promesas y aplazamientos á cuantos sentíamos entusiasmo, más que por la celebración del Centenario mismo, por que aprovechásemos esta ocasión propicia para producir en la nación esta exaltación de sano patriotismo, que no tiene nada de *Marcha de Cádiz*, charanguera, bravucona y hue-ra. Acaso si hubiese sido cosa de *chinchin* que pudiera aiacinar al incauto pueblo, hubiese entusiasmado á nuestros políticos liberales.

Señalo el suceso porque encierra una grave lección que el espíritu público debiera recoger. Si los católicos asturianos, con un legítimo derecho y en cumplimiento de deberes de conciencia, no hubiesen organizado las fiestas con que van á rendir homenaje á la Virgen de Covadonga, pasaría inadvertida la fecha del Centenario. Ni yo mismo escribiría este comentario—todo sinceridad y todo buena fe y todo lleno de res-

peto para los que han cumplido con su deber y con sus convicciones—, si no tuviera que contestar á varias cartas que me escriben desde América varios Centros de asturianos y varios españoles patriotas, para decirles: «No hay la Fiesta de la Patria, que habíamos proyectado; no acude la Nación, con el Gobierno y el Parlamento al frente, á organizar el Centenario de la batalla que impidió que Iberia fuese, en el transcurso de los siglos, una Turquía; no hay Orden civil de Covadonga, ni se creará esta palabra de ensueño y esperanza para que repercuta en los claustros y en las aulas de las universidades y las escuelas; no hay llamamiento á la juventud para que intente crear la grande España que nosotros no hemos sabido hacer... Cuanto se habló en las Cortes, fueron palabras que se llevó el viento...»

MARIANO ZAVALA



Una vista de la basílica de Covadonga

FOT. CAMPÚA

LA ESPERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



COSTAS DE BRETAÑA, cuadro de J. Gartner de la Peña

LA ESCULTURA CLASICA



"Venus de Praxiteles", que se conserva en el Museo del Vaticano

Culmina en Praxiteles la suprema perfección de la estatuaria griega. Culminan en las Venus las cualidades de armonía, serenidad y rítmica gracia, que caracterizaban al gran escultor ateniense. Son la más acabada y expresiva delicadeza de la figura femenina. Una voluptuosidad sana y fecunda forma como una atmósfera apasionada en torno de ellas, y el espíritu, al contemplarlas, se remonta a puras elevaciones ideales. Poetiza la materia hasta el punto de transformar en deidad olímpica a una cortesana como Friné. Friné fué su modelo favorito, y en su estatua de Téspis la retrató con mayor fidelidad

del rostro que en las desnudas Venus. Y he aquí, por último, una de sus obras más perfectas y la que compendia en más completa eutimia el credo estético y la maestría técnica de Praxiteles: *La Venus de Knido*. Es su obra maestra, y la aureola una anécdota de regia ambición. El rey Nicomedes prometió, a cambio de ella, que pagaría todas las deudas de los knidienses; pero éstos rechazaron la proposición. El espíritu griego surge en esa negativa, así como la línea griega se afirma en esta Venus, rival victoriosa tal vez de la de Milo, aunque menos conocida.

PSICOLOGÍA AL POR MENOR

LA "PICARESCA" MEDITERRÁNEA



Pilluelos contemplando el mar desde un muro del puerto de Nápoles

No se dirá que Cervantes no conoció el Mediterráneo. En tales aguas sufrió su gloriosa manquedad, y en tales padeció su cautiverio. Sin embargo, pone en los arrabales de Sevilla y en las almadrabas de Conil la escuela de la picardía, la cátedra de los truhanes, la universidad del libertinaje. Acaso la picaresca del Mediterráneo pareciérale falta de carácter nacional, falta de color local, como decíamos los naturalistas cuando Zola andaba por el mundo y Maupassant no se había vuelto loco todavía. Dijéramos mejor que la picaresca del Mediterráneo es toda una y toda lo mismo, en los grandes puertos y en las ensenadas, refugios de pescadores; en una y otra orilla; en los pueblos católicos, en los cismáticos y en los musulmanes; en las latitudes meridionales como Málaga y Nápoles, y en el fondo de sus grandes golfos, como Marsella y Venecia.

Dolicocéfalos y braquicéfalos, más ó menos atezada la piel, más ó menos agudo el ángulo facial, de cabellos negros ó rubios, lisos ó rizados, el granujilla del Mediterráneo, el pillo de playa, es igual en el Camino del Palo malagueño, que en el Grao valenciano, que en la Barceloneta; igual sobre los muelles de Alicante que de Cartagena ó Tarragona; igual en la playa de Torre de Mar que en la del Cabañal ó la de Badalona. Pescador en ciernes, aprendiz de marinero, lleno de ensueños y de añoranzas, porque ya pasó, para no volver, el tiempo glorioso de los descubridores de nuevas tierras, de los piratas y los corsarios y los negreros, es todo chiquilicuatro desarropado que pasa sus horas entre ocios y diabluras, esperando que le llegue la mocedad, y con ella la hora de ser enrollado y llevado á los buques de guerra.

Veréis, raramente, que el pícaro subsista después de esta transformación. El que ha sido marino en las escuadras del Rey ó en las de la República, vuelve á su playa ó á su puerto poseído del noble orgullo del que ha cruzado muchos mares y vencido en espantables tormentas y recorrido muchas extrañas tierras. Fácilmente logra entrar á for-

mar parte de la tripulación de un barco mercante, y aun tiene la aspiración de ser piloto y práctico. Luego, cuando la edad los va curtiendo en las parejas del bou ó en los vaporcillos de pesca ó en los buques de cabotaje, se van transformando los chiquillos de la picaresca en los lobos de mar, secos, espigados, ágiles, como si estuviesen hechos de acero en lugar de carne...

No son estos lobos de mar como los del Cantábrico, el Canal de la Mancha, el mar del Norte, el de Islandia ó el Báltico, porque el mar latino no es tan cruel, duro y artero como esos otros. Dijérase que los de allá arriba están forjados, como á mazazos en un yunque, de pura fuerza física, mientras que los de aquí abajo están iluminados por una fuerza espiritual. El lobo de mar mediterráneo conserva en sus años senectos la misma alegría, la misma gracia, el mismo desdén de la vida que antes de haber andado en escuadras, cuando era chiquillo, para quien la escuela parecía cautiverio y tormento; cuando era pillote de playa, que de un trozo de corcho hacía su bajel y se iba hasta las Islas Chinchas, armado en corso, y allí vencía otras formidables escuadras de corcho y apresaba centenares de cautivos y los vendía todos por un *perro gordo*

en las costas españolas, por unas dracmas en el mar Egeo, por unas milésimas en Egipto, por unas piastras en Chipre y en Turquía, por unos susus en Francia...

Así, la picaresca mediterránea tiene cierta espiritualidad gentil que es como el alma de Egipto y de Fenicia, de Grecia y de Roma, de Cartago y de Iberia, de los grandes pueblos que el Mediterráneo sustentó y de cuyas glorias está forjada esta bendita aureola de gracia, de ingenio, de molicie, de espíritu aventurero, de valor, de inspiración artística, de embriaguez de luz y de color con que las aguas sagradas del *Mare nostrum*, que conoció á Hércules y escuchó á Homero, rodea á sus naciones desde Gibraltar á Salónica y desde Ceuta á Alejandría.

Sobre todo, este espíritu genial, que en las orillas del Mediterráneo lo ilumina todo como el azul ardiente del cielo, como el verde intenso de las ondas, como la gracia de paloma de las velas latinas, se refleja especialmente en la chiquillería, exenta de la influencia extraña, que va invadiendo los grandes puertos, y del cosmopolitismo, que va llevando el ferrocarril á todas partes. Estos chiquillos que un fotógrafo sorprende en un muro del puerto de Nápoles, y en su playa, son los mismos que encontráis en Génova y en Venecia, en Argel y en Melilla, en las islas del mar Egeo y en Baleares, en Córcega fiera y en Cerdeña apacible.

A través de esta semejanza, de esta espiritualidad única, que parece negar la historia de tantas emigraciones de pueblos distintos llegados á las orillas del Mediterráneo, espanta la idea de que este mar, que semeja una unidad geográfica absoluta, haya sido espejo que ha reflejado centenares de guerras. Asombra que sus aguas no sean rojas. Desde las desconocidas por la Historia, hasta la presente, estas guerras debieran tenerse por guerras civiles, porque entre todas estas naciones que bordean el lago convertido en mar de un certero mazazo, hay una hermandad sagrada: ¡la hermandad de la gracia y del ingenio!



Pilluelos en las playas de Nápoles

MARTÍN AVILA

LAS JOYAS DE LA PINTURA



RETRATO DE UNA DESCONOCIDA, por Pedro Borchese de la Francesca

Este gran pintor de la escuela florentina, nació en Borgo-San-Sepolcro (Toscana) en 1398 y falleció hacia el 1484, y llegó al lugar preeminente que ocupó en la pintura, merced á sus grandes aptitudes y extraordinario talento, pues sus profesores fueron oscuros y desconocidos artistas. Dejó hecha una importantísima labor que se conserva diseminada en numerosos Museos.

Los futuros Parques nacionales EL DELICIOSO VALLE DE ORDESA



Espléndido panorama: la Peña de Mondarruego y el Barranco de la Canal, en el Valle de Ordesa, que el distrito de Boltaña y todo Huesca desean ver honrado por la visita de S. M. el Rey



El Tozal del Mallo y la Casa de Oliván, del Valle de Ordesa, cuya declaración de Parque nacional gestionan con plausibles entusiasmos y actividad los marqueses de Villaviciosa y Vega-Inclán, y D. Luis Fatás, diputado a Cortes por Boltaña

Esos picos de monstruosa belleza, esos glaciares de blancura deslumbradora donde danzan como hervir de chispas diamantinas todos los colores del iris; esos bosques de imponente grandeza y primitiva espesura que parecen aún aguardar la aparición de la primer hacha de sílex sobre la haz de la tierra; esas cascadas de estruendoso bramir que se resuelven en hirvientes remolinos de revueltos encajes de espumas de cambiante y fantástica labor... Todo eso que la fotografía somete a tu admiración en estas páginas, más que para tu deleite para tentarte a visitarlo, es más hermoso, más sublime de lo que el objetivo ha conseguido mostrártelo. Con ser admirables las fotografías, no dan cabal idea de las maravillas que encierra el Valle de Ordesa, de las que lo circundan ni de las que lo coronan. El pincel y el objetivo son impotentes para fijar en un trozo de lienzo ó de papel toda la grandiosidad de la Naturaleza salvaje...

Propios y extraños, ilustres turistas han certificado que el Valle de Ordesa supera en maravillas, encantos y fuerza emocional á los más hermosos panoramas suizos. Y tanta admiración y embeleso tanto les produjo, que mientras llega la hora de que nuestros gobernantes—los últimos en enterarse de nada—se enteran de las riquezas y las bellezas naturales que están en el deber de fomentar y propagar, no han faltado nobles espíritus que, agradecidos á las puras emociones experimentadas en aquellas bravías y deliciosos picachos, vaciaron sus escarcelas para hacerlos accesibles y practicables. Así el marqués de la Vega-Inclán; así ese insigne prócer, benemérito loco de santo patriotismo, el marqués de Villaviciosa de Asturias, que ha trazado allí ya dos buenos caminos con billetes de Banco; así don

Luis Fatás, sacrificando su peculio y su tiempo laborando un magnífico porvenir para el proyectado Parque nacional.

Muchas y bien templadas plumas han cantado estos días las excelencias del paradisíaco Valle; pero pocas han propagado que, con ser tantas, no son menos los bellísimos paisajes que salen al paso del turista que se encamine á Ordesa, hasta el punto de moverme á aconsejarte, lector, seguro de tu gratitud, que no hagas objeto exclusivo de tu viaje el visitarlo. Lo merece aquel mágico rincón; pero debes aprovechar la peregrinación para disfrutar el espléndido manantial de goces espirituales que te brindarán á través de las sierras altoaragonesas innumerables, variados y grandiosos panoramas. Un buen servicio público de cómodos automóviles te subirá desde Barbastro, por la deliciosa carretera de Graus, hacia los lagos de Benasque, ó por la de Boltaña—vertiginosa y emocionante en su trozo de Naval al puente de Susia—hasta Broto, de donde, ya por camino más primitivo, llegarás á la señorial é hidalga villa de Torla, antesala del Valle de Ordesa...

Y allí mismo, no se sacie tu espíritu solamente de la contemplación deleitosa de aquel panorama; asciende, por penoso que te sea, al Monte Perdido. Es un *belvedere*, un mirador sin rival, sobre todo en una puesta de sol, cuando la luz del crepúsculo sonroja la nieve donde permaneces de pie, y tu mirada planea sobre el horizonte accidentado, vislumbrando desde las montañas de Navarra y Aragón hasta los plateados remansos del Ebro, allá abajo, en la llanura...

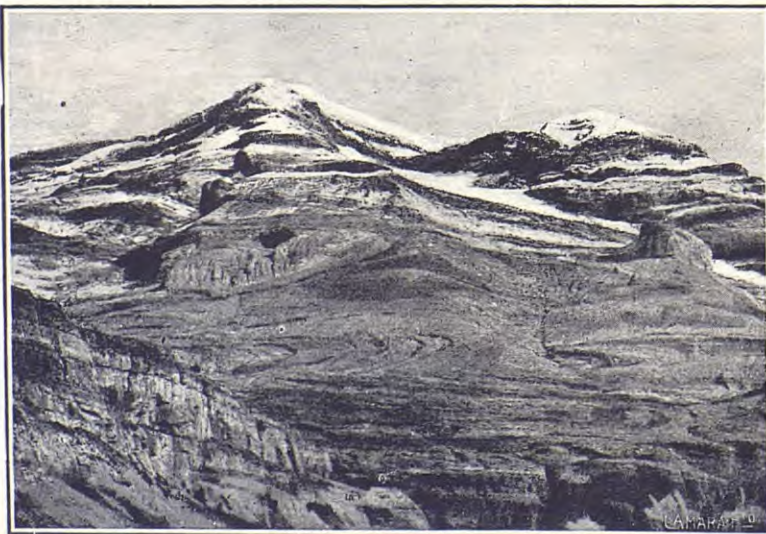
Una tempestad en aquellas alturas es un espectáculo de imponente y sublime grandeza...

El Monte Perdido es un espolón formidable

del circo de Gavarnie. La arquitectura de aquellos valles presenta una maravillosa armonía de formas y detalles exquisitos en proporciones colosales. La garganta de Cotatuero, por la cual se socava y se ahonda la meseta de Millaris, es sublime: una alta columna de rocas rojas surge de un nido de bosques en el propio corazón de la montaña; para coronamiento, un semicírculo en forma de cráter suavemente levantado á la derecha por el titánico túmulo que parece la Peña de Mondarruego; el pico de Salarons, á la izquierda; al fondo, las crestas blancas de la Brecha de Roldán.

Las más bellas visiones de Dante, de Milton, de Doré, no dan idea de tanta magnificencia.

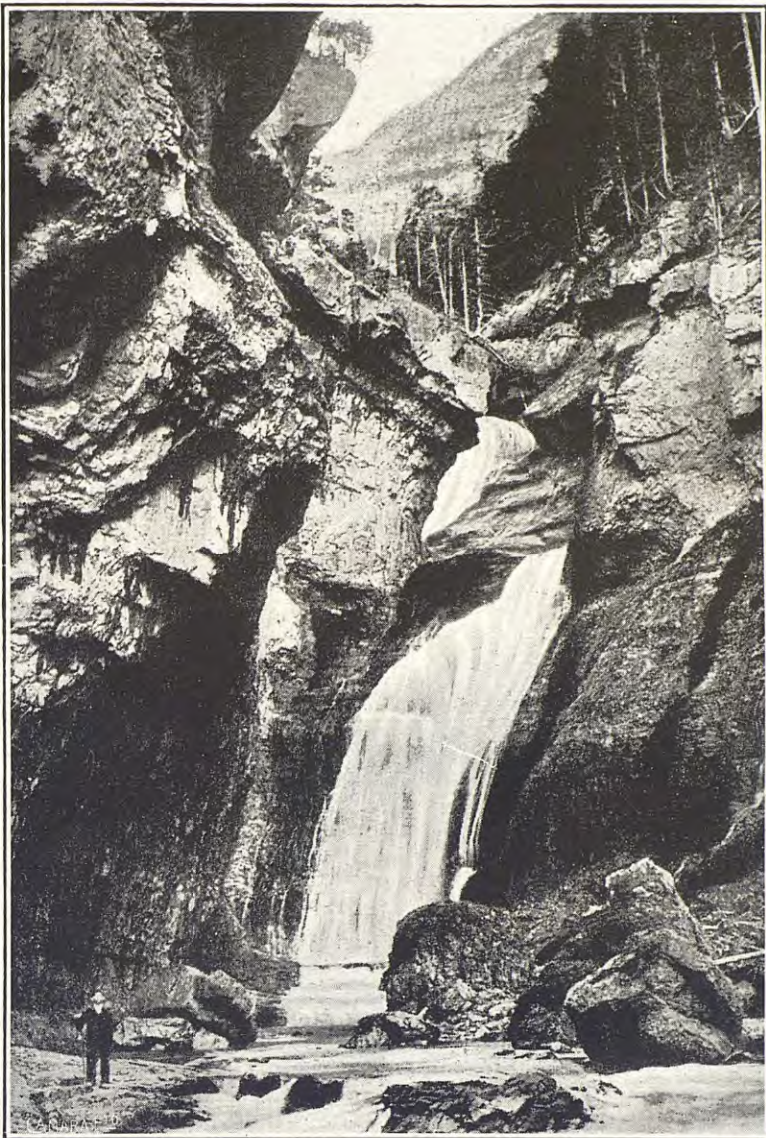
Imposible á la pluma transmitir la sensación que se experimenta en el grandioso Valle de Arazas, al fondo del cual bulle y sonríe el paraíso de Ordesa. De una extremidad á otra, las capas superpuestas á una altura de más de mil metros, conservan su horizontalidad, su color y su textura peculiar; una muy delgada, de un rojo vivo, corre como una cinta de sangre por la cima de los contrafuertes que se enlazan ante murallas de rocas; otra, de un gris perla, se estira en forma de cornisa con una gracia extrema y una persistencia increíble por encima de las almenas, que acaba por coronar de una especie de glacié finamente estriado. A la mitad de la altura de las murallas, una estrecha terraza interrumpe las columnas de rocas, sigue las ondulaciones, se plega con flexibilidad de serpiente alrededor de mares chicos, envuelve las menores sinuosidades de su cinturón, con derrumbamientos cenizosos, y en ciertos repliegues se transforma en una gradería redondeada, sobre cuyos escalones una estria de flores de aliaga reluce como si fuese un



Región de nieves perpetuas en el Monte Perdido, la Punta Ramond y la Torre de Golis



Grandioso pico, llamado la Peña del Gallinero, en el Valle de Ordesa



Espectáculo de grandiosa belleza, en el Valle de Ordesa: la cascada del estrecho de Arazas.—Para formarse idea de la altura desde la cual se despeñan las aguas, basta compararla con la estatura del campesino que se ve en la fotografía



Paso de imponente aspecto, llamado "de las Clavijas" en el incomparable Valle de Ordesa.—Agarrándose a las clavijas ascienden, peñas arriba, campesinos y turistas 200 metros para llegar a Gavarnie (Francia)

flamante galón de oro, algo así como una graciosa coquetería de un titán...

En pleno mes de Agosto, sábanas de hielo se arrollan aún a los flancos del Monte Perdido; sobre el lago cubierto de agujas de hielo, montículos de nieve flotan como verdaderos bancos de hielo... La fachada Norte del Monte Perdido cae a plomo formando un abismo de 800 metros de altura...

Y como antes insinué, si hallándote en aquella altura tienes la suerte de que la tempestad se desencadene y dominio de nervios para presentarla echado sobre la nieve, porque si lo intentases a pie firme serías arrebatado como un muñeco de papel y arrojado por el viento al espacio, disfrutarás el más sublime espectáculo que la Naturaleza pueda proporcionarte. De todos los horizontes y de todos los abismos acuden las nubes, unas de contornos de escarlata y de aspecto demoníaco; otras sombrías y tumefactas como Erebo, el hijo del Caos y de la Noche, que fué metamorfoseado en río y precipitado en los infiernos por haber socorrido a los Titanes; muchas, semejan infiernos negros con resplandores de hoguera. Aquellas legiones desgredadas se precipitan en masas fogosas, se desgarran con aullidos y tableteos espantosos, ruedan y se precipitan en jirones volteando loca-

mente por los espacios. El Monte Perdido es entonces un campo de batalla entre dos mundos. Bajo un ardiente sol, suben del Mediodía vellores de vapor, mientras que al Norte un mar de nieblas anega aún las vertientes francesas; en el cielo de España las nubes se hinchán, se multiplican, van a colocarse en línea al borde de la atmósfera más fría del cielo de Francia, y allí se empeña la batalla con todo su estruendo y todos sus fuegos y todas sus negruras, y se siente toda la grandeza sublime de la Naturaleza purificadora. El contraste que ofrecen entonces las dos vertientes, la francesa y la española, deja imperecedera memoria, hondísima sensación... Al ba-

jar, en dirección a Torla, las mismas asperezas del terreno que antes nos asombraran, ahora parecen empuñecidas.

Contrastando con estas asperezas, los suaves panoramas del Valle de Diazas y...

Lector, créeme: Ve a Ordesa, pero no vayas en excursión rápida... Puesto ya en las montañas altoaragonesas, recorre los altos y los bajos Pirineos... Hay mucho que admirar: el Valle de Bujaruelo, el barranco de Mascún, la garganta de Alquézar, los pórticos del Entremón de Palo donde ruge el Cinca a su salida del Puente del Diablo, en Mediano... Es tanto, tanto lo que puede deleitar tu espíritu por aquellas sierras...

Y al emprender la vuelta, encáminate por la garganta de Coteñablo, la ruta que, según la tradición, siguió el conde Garci-Jiménez desde Jaca, para emprender la reconquista de España con un puñado de héroes... Y allí, fortalecidos tu cuerpo y tu alma, sentirás la necesidad inaplazable de una nueva reconquista de España que arrase hasta la memoria de nuestras actuales cumbres políticas, que son las peores enemigas del engrandecimiento patrio...

Y sentirás el fervoroso anhelo de que vuelvan a lucir los rojos resplandores de la tradicional Cruz de Soabarbe...



Bellísima cascada de El Grado de Suaso en el pintoresco Valle de Ordesa
FOTOGRAFÍAS DEL ILUSTRE ORÓGRAFO M. LUCIEN BRIET

E. GONZÁLEZ FIOLE

Cuentos de "LA ESFERA"

LA CAMA NEGRA

A espaldas de la fábrica está el vertedero.

Unos hombres astrosos y tiznados pasan y repasan conduciendo chirriantes carretillas colmadas de algo que humea y despidе calor. Es la escoria; la hez de los metales; la cosa vil y de ninguna estima que, tamizada por las rejillas de los hornillos, cae en los sumideros, y más tarde se arroja en el escampio que hay detrás de la fundición.

Pero, aun siendo vil, miserable y de estimación nula, esperan la escoria, como jauría que aguarda la carnicería, un grupo de pobres viejos, miserables mujeres y desmedrados niños que, al mirar cómo llegan los sucios carretilleros y la vierten, disputan con saña, y hasta con odio, un lugar cercano al montón, en el que poder buscar la carbonilla.

El humo asfixia, el calor maltrata, y, sin embargo, siguen los desheredados, con ojo avizor y mano lista, la busca de los trocitos de carbón, que luego venderán a bajo precio.

Alguna vez, entre las risas y las burlas de la chusma, se oye una imprecación ó un lamento.

—¿Qué pasa en Bombay?—interroga un rapaz descarado y feo.

—¡Naíta! Aquí, «Doña Calores», la del segundo izquierda, que s'ha chamuscao el gordo...

—¡Y la aproximación!

—¡Gajes del oficio...!—replica la quemada, que, no obstante el dolor, sigue escarbando en la montaña negra.

La labor es dolorosa.

Cara al combustible, que tuesta el cutis é inyecta en rojo la mirada, no es extraño ver un rostro apoplético, ni oír una ahogada tos que hace escupir sangre. Pero todo ello no tiene importancia; Dios, que supo poner junto al bien el mal; la sombra, del brazo de la luz, y pareja de la vida la muerte, ha colocado, también, cerca de la fábrica, un fresco manantial que oficia de milagrosa panacea de tantos males y sirve, á veces, hasta para que alguno de la reunión se lave la cara.

—¡Parece que s'ha acabao el carretilleo!—dice uno.

—¡Y que es verdad...!

—¿Cerramos el salón?

—¡Ya es...! ¡Hasta mañana, si Dios quiere!

—¡Hasta mañana!

—¡Adiós!

Y desfilan los miserables, senda adelante, quedando en el yermo escampio un montón muy negro, que humea.

Pero aún la despreciable y vil escoria es útil á los hombres.

Esperad.

La noche es fría; clávase el cierzo con punza-



das dolorosas en las carnes mal cubiertas; arrojan los hombres de los quicios de los portales á los sin hogar; los templos, únicos sitios de los que no se lanza á nadie, están cerrados. ¿Dónde dormir el pobre?

En busca del montón—hez de los metales—va; sobre él se tumba y de él toma calor, que, en sueños, hasta puede recordarle el regazo materno.

—De aquí—me dice un viejo mendigo de barbas apostólicas y ojos de borracho—nadie nos arroja; aquí no vienen los guardias; el escampio está lejos y no es cómodo el camino. Aquí mandamos nosotros. Es nuestra cama; nuestra cama negra. ¡Cama es que no tiene dueño...!

Me gusta su parla, y le invito á que la continúe. Unas monedas hacen el milagro.

—¿Verdá usted que tengo razón?—prosigue—. La sucia escoria, lo que no quiere nadie, da pan á muchos hambrientos y lecho á muchos desgraciados. ¡Cuántos y cuántos habrá como la escoria, que pudieran ser útiles á la vida, y han sido

arrojaos, por comenencias ó venganzas, al escampio de los odios y los desprecios!

El viejo pordiosero se exalta; su cuerpo se yergue, retador; sus dedos, crispados, son garras de fiera.

—Yo fui uno de ellos, señor; delitos que yo llamo justicias me borraron del libro de los buenos y, desde entonces, fui perseguido como un jabalí. Ya soy viejo, y, á cuenta de perdonarme, me dejan que muera poco á poco...

—¿Morir?

—Así es; pero lejos de su lao. ¡Es feo espectáculo el de la muerte, y más feo aún si se representa vestido de guñapos!

Procuró calmar al anciano; pero no lo consiguió; su exaltación es violenta; su acometividad salvaje.

—No crea usted que exagero. Digo la verdad pura. ¡Menos mal que yo, teniendo pa pan y vino, soy feliz! Aquí duermo por las noches, abrigao por los otros compañeros de cama y el calorillo de la escoria, y aquí, felizmente, también apareceré un día muerto...

—¿Muerto?

—No sería el primero. Las emanaciones, ¿se dice así?, del carbón envenenan.

—¡Qué horror!

—Ninguno. ¿Qué más pué hacer la escoria que darnos pa comer, calor pa dormir y un sueño dulce que no se acabe nunca? ¿Qué mejor desenlace pa nuestro drama?

Yo no podía creer en tanta desdicha, en tanta miseria, y al expresarlo replicó muy serio el viejo mendigo:

—¿Que no? Va usted á convencerse... ¡Estos amigos lo confirmarán! ¡Venga usted conmigo...!

Hasta el grupo de durmientes llegué.

—¡Tú, oye...!—dijo

á uno de sus compañeros—Levántate y di si es ó no verdad que... ¡Pero oye...!—le empujó con el pie—¡Qué sueño más pesado tié el indino! ¡¡Oye!!

Entonces ocurrió una cosa trágica.

Al querer zarandear al durmiente, que de bruces estaba sobre la cama negra, su cuerpo rodó.

—¿Eh? ¿Qué es esto?

Todos los miserables despertaron, y al ver al caído con los ojos muy abiertos, la boca abierta y las manos crispadas, alejaronse del lugar más que aprisa.

—¿No le decía á usted...? Uno... que no despertará en jamás. Así como así, eso tié que agradecer á la escoria.

—¿A la escoria?

—¡Natural, señor! Ha sido bien piadosa con él; l'ha matao de una manera muy dulce...

Y, fumando de su negra pipa, añadió, sonriente, el anciano:

—¡Así moriré yo...!

DIBUJO DE DHOY

FERNANDO MORA



EL JARDÍN ABANDONADO

Mustio el parque sin frondas, y la fuente
sin su rumor de plata,
aquel rumor sonoro
de cristalinas aguas
que alegró los sopores de mis siestas
y la paz de mis noches sosegadas,
sin hiedra las marmóreas
desnudeces paganas,
los sátiros bicornes y las líricas
náyades y driadas,
dormido el ruiseñor,
y entre las ramas
el aire susurrando
la elegía, sin voz, de una plegaria.

¡Oh, mi viejo jardín abandonado;
floridas enramadas,
glorietas de penumbras y de ensueño,
donde la luz del alba
sorprendió nuestras frentes pensativas
y miró nuestras manos enlazadas!

Ella y yo; siempre ella,
más que frágil, alada,
caminaba á lo largo de las hondas
veredas solitarias,

su cabeza en mi hombro, y en las verdes
pupilas una llama
de amor, como la aurora
de transparente y cándida.

¡Oh, las azules noches
en que, al rumor del agua
de la escondida fuente, en mis oídos,
sollozante y pausada,
su voz me parecía
el eco de una música lejana!

Y aquella, como un lirio,
su temblorosa mano, suave y lánguida,
que se apoyó en mi frente cuando al grave
peso de un mal mi corazón se ahogaba,
y me marcó la lumbre salvadora
de un bello Oriente rosicler y nácar,
si alguna vez por entre espesas sombras,
sin puerto fijo, se perdió mi planta.

¡Oh, cisnes que en el lago misterioso
de silenciosas aguas
reflejasteis la luz de vuestra albura
como líricas naves encantadas!
¡Oh, ruiseñor divino que en la noche
vertiste tus escalas

desde la obscura sombra de los olmos
que el fulgor de la luna plateaba!
Decidme: ¿cómo pudo
hacer la suerte airada
que, en un tiempo tan breve,
mi fortuna sufriese tal mudanza?

Vosotros, los que, alegres,
lleváis en lo recóndito del alma
á esa deidad sublime que en los ojos
tiene el limpio matiz de la esmeralda,
y al hablar, insinuante y rumorosa,
el eco de una música lejana,
no la dejéis que huya, entre los brazos,
frenéticos, atadla;
no la dejéis huir, porque si huye,
sobre el claro jardín de vuestra alma
se cernerán las brumas del hastío,
que hacen secas las ramas,
triste al divino ruiseñor, y muda
la voz de las fontanas;
no la dejéis huir, porque la vida
no se puede vivir sin esperanza.

FERNANDO LOPEZ MARTIN

DIBUJO DE BARTOLOZZI

EL PINTOR DE LAS BAILARINAS EDGARDO DEGAS



Clase de baile

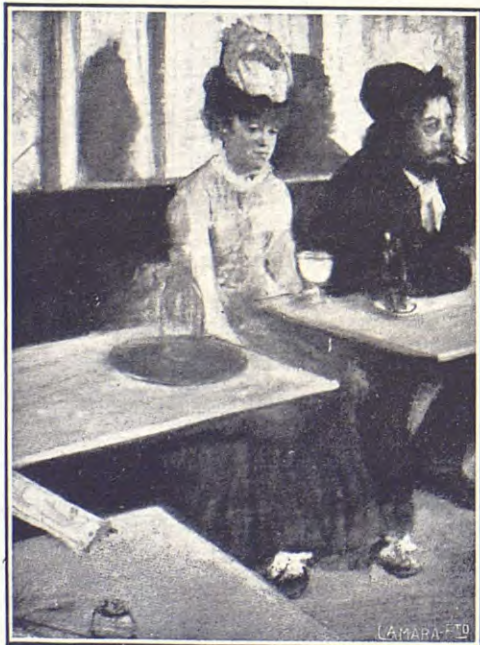
EN su libro *L'Art moderne* y á propósito de la *Exposición de Independientes* de 1881, escribió Huysmans recordando otro artículo suyo (1876) de la *Gazette des Amateurs*:

«Había nacido un pintor de la vida moderna; un pintor que no derivaba de nadie, que no se parecía á ninguno, que traía un sabor de arte completamente nuevo y procedimientos de ejecución raevos también por completo. Planchadoras en sus obradores, bailarinas durante el ensayo, cantantes de café-concierto, salas de teatro, caballos de carrera, retratos de comerciantes de algodón en América, mujeres saliendo del baño, aspectos de tocador ó de palco... Todos estos asuntos tan diversos han sido tratados por este artista, á quien no se le concede otra reputación que la de haber pintado únicamente bailarinas.»

El autor de *La Cathedrale* hablaba de Degas que, después de Delacroix, «es el pintor que mejor ha comprendido el matrimonio y el adulterio de los colores».

Y Camille Maclair, que en su libro *El Impresionismo* ha trazado de modo insuperable la historia de la evolución pictórica más fundamental de todo el siglo XIX, ratifica esta filiación estética:

«De las dos investigaciones capitales que apasionaron al impresionismo—el estudio de la atmósfera y el estudio del carácter de la vida moderna—, únicamente la segunda solicitó á Degas.



El aperitivo



Autorretrato de E. Degas

Pintor que poseía la innata percepción de las más sutiles variaciones coloristas, la supeditó constantemente al análisis psicológico. Surgido de una generación que realizó un inmenso esfuerzo literario hacia la verdad, encontró émulo, pero no maestro.»

Fielmente acusan la personalidad del gran ar-

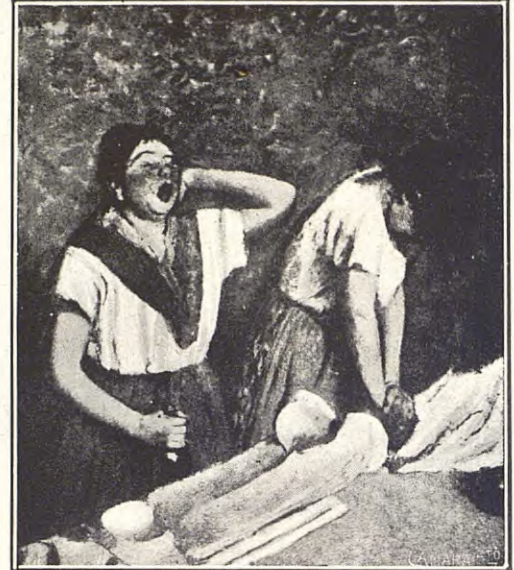


La danza del "bouquet"

tista, que acaba de fallecer en París, estos dos párrafos. Edgardo Degas fué el más profundo costumbrista de su época. Lo que los naturalistas realizaban en la novela, él iba reflejando en sus lienzos. Simultánea á la labor de Flaubert, de los Goncourt, de Zola, el artista iba realizando plásticamente la eternización documental de la Francia en que agonizó el segundo Imperio y que presenció el auroral esplendor de la segunda República.

Y no solamente simultáneas, sino también ligadas por el mismo aliento rebelde, la misma ajena incomprensión, idéntica pureza de ideales, la obra de Degas y la de los impresionistas.

Porque Degas, á quien no puede considerarse un impresionista—«*mot qui a le don de me faire*



Las planchadoras

bondir (decía él) *et qui n'a aucune signification*—, se colocó voluntariamente en el grupo revolucionario de *L'Académie des Batignolles*, desdenó las consagraciones oficiales, despreció la crítica, afirmando que «los literatos explican el arte sin entenderle», y sobre su nombre cayó el silencio, como cayó el estrépito soez de los dicterios y las burlas sobre los nombres de Manet, de Monet, de Renoir...

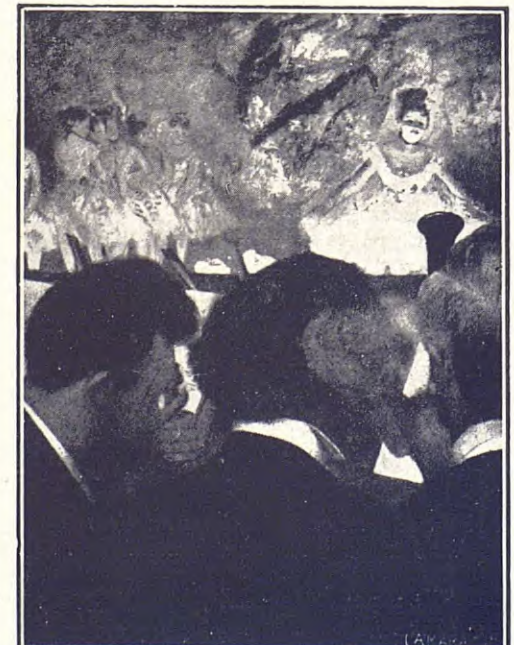
De estos mismos Monet y Renoir, que le han sobrevivido y que, tan viejecillos como él, habrán sentido el escalofrío de un presentimiento al verle hundirse en la muerte.

ooo

La pintura de Edgardo Degas se basa en la sólida fusión de dos orientaciones que parecen antagónicas: el tradicionalismo, el clasicismo en su más rigorista acepción, y la independencia innovadora, el realismo movible, palpitante, que vive del aire libre y se asfixia en los Museos.

Es una consecuencia de la trayectoria evolutiva del maestro. Degas comienza admirando á Ingres, aprende á dibujar en los antiguos pintores italianos, imagina cuadros de historia, afianza el estudio de la línea con el grabado al aguafuerte y luego se asoma á la vida como un sabio que abriese la ventana de su biblioteca.

No es, sin embargo, justa esta comparación sino en el primer momento, cuando empieza á pintar escenas de hipódromo entre las cuatro



El "Music-Hall"



Ensayo de un ballable



El "foyer" de las bailarinas

paredes de su taller, auxiliándose de apuntes y de la memoria. Luego Degas no se limita a contemplar la vida desde la ventana. Se hunde en ella, la siente palpar en torno suyo, la sufre y la goza antes de pintarla.

Por último, se refugia en su estudio. Han pasado los años de la juventud y de la madurez. Se siente extraño a cuanto más allá de su puerta renueva la eterna ansia de vivir. La gloria le produce una sonrisa irónica. La noticia en 1913 de que su cuadro *Danseuses a la barre* que regaló a Henri Rouart, se ha vendido en 478.500 francos, no le impulsa a dejar su voluntaria reclusión.

Es realmente aquel discreto varón enaltecido por Baltasar Gracián y que dividió el viaje de su vida en tres jornadas. La primera, para hablar con los muertos; la segunda, para hablar con los vivos; la tercera, para hablar consigo mismo.

ooo

A Huysmans le molestaba que se clasificase a Degas como «el pintor de las danzarinas».

Y, sin embargo, el propio artista clasificó así la más permanente de sus preferencias.

No ya la *Mendiga romana* o los cuadros de historia como *Semiramis*, *Espartanas desafiando a unos mancebos* y *La hija de Jefe*, que pertenecen a su primera época, a la convivencia con Gustavo Moreau y al viaje por Italia, sino sus retratos *La dama de las manos cruzadas*, *La dama de los crisantemos*, *La dama del jarrón*, *Lyda*, etc., acusan su verdadera personalidad.

Incluso el realismo portentoso de *Las planchadoras*, de *La absenta*, de

Las modistas, de *Interior* y de la larga serie de desnudos, son anticipaciones o reminiscencias, según el orden cronológico, de todas las escenas, episodios y tipos de bailarinas.

Degas no es un sensual a la manera de Renoir. En Renoir la mujer tiene algo de fruta madura, con su pulpa tentadora. No podemos contemplar a una mujer de Renoir sin que nos turbe una sensación deliciosa de deseo.

En cambio Degas es implacable y áspero como Zola. Sus bañistas de *tub* están muy lejos de las mitológicas deidades italianas o simplemente de los modelos de taller. Son torsos desfigurados por el corsé, miembros torpes y desgraciados, actitudes aritméticas. Es la burguesía que se baña por higiene únicamente.

Sus bailarinas son el pueblo bajo que se prostituye por hambre. Una profunda lástima, un bochorno de civilizados nos acomete frente a los óleos, frente a los pasteles donde Degas ha ido reproduciendo las muchachas anémicas, precozmente pervertidas, con las carnes sucias, cubiertas de colorete, con las manos enrojecidas y deformadas trazando ademanes de flor sobre el aire enrarecido de los escenarios, bajo la mirada cansina y las frases monótonas del maestro: *Avancez les talons, rentrez les hanches, soutenez les poignets, cassez-vous*.

Son capítulos dramáticos que huelen a sudor y a perfumes ruines, que saben a sangre, que marean, malsanos como vicios de una historia cuyo primer capítulo es *La Familia Mante* y cuya culminación fuera *La danseuse-étoile*, una de las joyas del Museo del Luxemburgo.—Silvio LAGO



Bailarinas



Las carreras de caballos



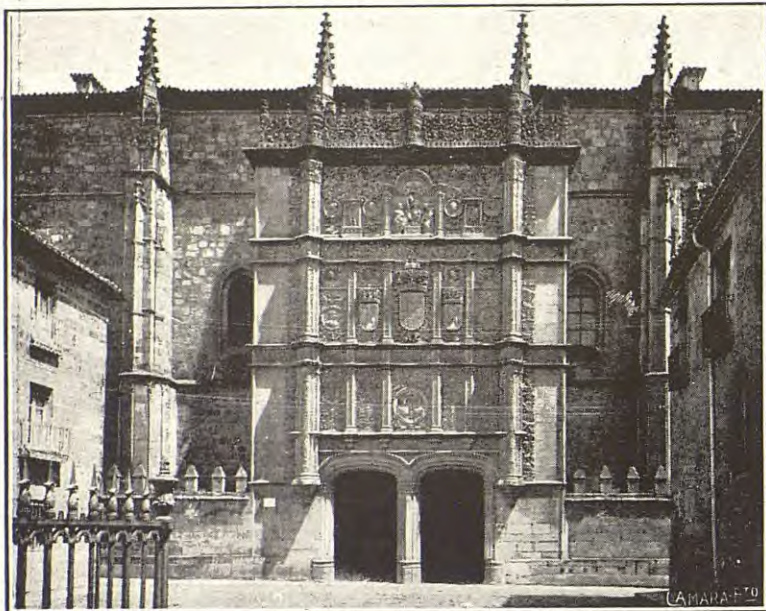
Las lavanderas



Una escena típica en Salónica (cuartel general de las fuerzas aliadas en los Balkanes), recientemente destruída en gran parte por un incendio, y de la que han desaparecido gran número de joyas arquitectónicas bizantinas

Dibujo de Ugo

LAS UNIVERSIDADES



Fachada principal de la Universidad de Salamanca
FOTS. GOMBAU



Antigua hospedería del Colegio Universitario del Arzobispo, hoy Facultad de Medicina

La juventud estudiosa reanuda ahora sus tareas escolares. Es oportuno recordar lo que fueron las antiguas Universidades, y demostrar de paso que el abolengo de cultura es tan antiguo y brillante en España, como lo haya podido ostentar el país más civilizado.

La vetustez de las Universidades es valor inapreciable para justificar el progreso de las nacionalidades, y nosotros podemos tener la gloria de proclamar con toda justicia que nuestros centros universitarios actuaron antes o al mismo tiempo que los más renombrados del resto de Europa.

No se pretende con esto que las Universidades españolas sean más antiguas que las de Palermo, Bolonia o París, pero sí demostrar que casi coinciden las fechas de sus respectivas fundaciones en las de Palencia y Salamanca, creadas, la primera, en el año 1200 por el rey de Castilla, Alfonso IX, y la segunda, casi al mismo tiempo, Fernando el Santo, en 1243, trasladó a Salamanca la escuela palentina, para mayor comodidad de maestros y escolares.

No hay para qué hablar de las remotas civilizaciones del Egipto y de la India, donde existieron famosas escuelas sacerdotales, depositarias de los conocimientos humanos del mundo antiguo, ni de las escuelas de Rodas, Atenas y Alejandría, que difundieron los conocimientos modernos sobre filosofía y ciencias naturales.

Tampoco es nuestro propósito escribir sobre las escuelas imperiales y el «Atheneum», fundados en Roma por Antonino y Adriano. En este artículo nos ocuparemos de las Universidades, limitándonos a recordar que la invasión de los bárbaros y el consiguiente derrumbamiento del Imperio, al destruir la floreciente civilización antigua, sumieron en las sombras de la ignorancia, durante varios siglos, al linaje humano, siendo preciso que en el transcurso de los tiempos vinieran las órdenes religiosas a fundar en sus conventos escuelas donde se reanudaron los estudios de ciencias y artes, especializándose, como era natural, los conocimientos teológicos.

Para demostrar que España se adelantó, o por lo menos marchó con el avance intelectual europeo, evóquese el famoso convento de benedictinos de Sahagún. Allí, Alfonso VI creó una brillante escuela, a la que concurrieran gran número de estudiantes, muchos de ellos seglares. Otras escuelas de este mismo carácter religioso fueron creadas en diversas naciones, lo que hace apa-

recer como indudable que los citados centros docentes representaron el origen de las Universidades en los albores del siglo XIII.

Con la palabra «Universitas» se designó las corporaciones de maestros y de estudiantes que se reunían voluntariamente para la enseñanza, haciendo unos y otros vidas de hermandad.

Como se ha indicado antes, las Universidades más antiguas datan del primer período de la Edad Media, y justo es confesar que la vida intensa de estos establecimientos de pública doctrina, se debió exclusivamente a la pródiga munificencia de pontífices y de reyes, que procuraron siempre dotarlas de los mayores privilegios y donaciones.

El gobierno y administración de las Universidades estuvo principalmente a cargo de la clase sacerdotal, y el personal seglar que servía en las mismas, estaba obligado a permanecer en celibato.

He aquí las fechas de creación de algunas de las más antiguas Universidades, entre las que llegaron a adquirir mayor reputación mundial: la de Palermo, fundada en el año 1149; la de Bolonia, en 1158; la de París, en 1200; la de Palencia, en 1200; la de Oxford, en 1206; la de Cambridge, en 1229; la de Salamanca, en 1243, y la de Lisboa, en 1290.

La Universidad palermitana, que aparece la

más antigua de las mencionadas, fué, en realidad, una luminosa escuela donde principalmente se estudiaba la Medicina. La fundó Roberto de Guiscardo. La Universidad de París creen algunos ilustres historiadores que debió su origen a Carlomagno. Este error consiste en que al igual que en Sahagún, las escuelas creadas en París por el citado emperador, vinieron luego a constituir la gran Universidad parisiense, bajo el reinado de Felipe Augusto.

Es de notar que las Universidades alemanas, hoy las más justamente acreditadas del mundo, no nacieron a la vida intelectual hasta el siglo XIV. Más modernas son las Universidades rusas. Respecto a esta clase de centros docentes en la gran República de los Estados Unidos de América, es de notar que el Gobierno sólo paga y fomenta los estudios de instrucción general y obligatoria donde los ciudadanos se educan teórica y, sobre todo, prácticamente, en la lucha por la vida. Las Universidades, tal y como aquí las entendemos, son establecimientos fundados por particulares o por sociedades independientes del Estado. Hállanse dotados, algunos de ellos, de fortuna fabulosa, lo que les permite formar de un modo completo a los escolares que allí concurren de todo el mundo.

El afán de los norteamericanos por llevar a sus Universidades la enseñanza más eficaz, hace que busquen el profesorado en aquellas naciones donde se manifieste más competente. Por esta razón, muchas cátedras americanas están servidas por profesores alemanes y de otros países, contratados con sueldos que a nuestros doctores les parecerían inverosímiles.

Contra la vulgar creencia que supone al yanqui hombre asaz materialista, justo es confesar que se preocupa también de las necesidades del espíritu. Desde que los norteamericanos se apoderaron de Filipinas, una de las instituciones que con más admiración han respetado, ha sido la Universidad de Santo Tomás, de Manila. Data esta fundación de 1511, y fué, durante muchos años, el único centro de enseñanza que difundió la ciencia por el Extremo Oriente.

Esta Universidad, costeada y regida por los Dominicos, sigue siendo española, bajo el control de los Estados Unidos, y justo es encomiarla al dar fe de vida de una gran institución nacional que, gracias al tesón de los Dominicos, no hemos perdido.



Una cátedra universitaria en el siglo XV
(Copia de una estampa de la época)

CASTILLOS DE ESPAÑA



Lado norte del famoso castillo de Fuentes de Valdepero (Palencia)

LAS MENTIRAS DE AMOR



«Estoy muy triste!...» Lili queda suspensa, la pluma en alto, y mientras su pie huye á la audaz presión de los pies del amable desconocido, los ojos audaces, casi impunes gracias á los rizados tufos, le sonríen alentadores.

Pero la conciencia debe remorderla, reprochándole su falacia, por cuanto pone una cara muy severa á su atrevido adorador, como diciéndole: «¡Caballero, hace usted muy mal en mirarme de ese modo insistente!», y vuelve, con aplicación de colegiala formal, á su carta:

«¡Estoy muy triste! Sentada en el *hall* del hotel te escribo; no hay nadie...»

A decir verdad, todo está lleno. Ha acabado el almuerzo, y mientras llega la hora de las carreras, las gentes se aglomeran en el amplio vestíbulo y en las galerías del albergue de moda. Mujeres fantásticas en la deliciosa arbitrariedad de las *toilettes*, desfilan. Van en camisa; son unas camisas suntuosas, unas camisas de mil quinientas pesetas (las señoras modistas han comprendido con sutil instinto que, valiéndose más las pesetas que los francos, tienen las primeras que ser infinitamente más elegantes—postulado filosófico—«la superioridad de los valores reales sobre los morales»—), que se sujetan á las caderas con cinturón, pero camisas al fin y al cabo; ca-

misas que harían á las honestas burguesas apagar la luz al entrar su marido; sin embargo, como no es decente ir en camisa, se han puesto un zócalo de piel en torno á las pantorrillas, y un sombrero de terciopelo, que debe de dar mucho calor con los veintiocho grados que se disfrutan. Con ellas van los galanes, muy *chic* también. Todos parecen agitados por una prisa tremenda, aunque, en realidad, nada tienen que hacer.

Lili prosigue:

«Estoy sola; hace un día frío y gris...»

El cielo añil y el sol rutilante la desmienten; pero ¡hace tan bien en una carta sentimental lo del día frío y gris! ¡A Carlos le gustan tanto esas cosas!

Piensa con enternecimiento en el novio ausente, en el novio un poco tocado de literatura—guapo él, elegante él—. Se pasa el rojo pétalo de la lengua por los labios con un gesto goloso de gata, y sonríe; después reanuda su carta:

«No sé qué hora es—el reloj de pulsera, el gran reloj del hotel, y Julito que le grita á Paco Campanada con voz trágica: «¡Dios mío, las tres!», se lo dicen bien—; mi espíritu está ahí contigo...»

Una ruidosa pandilla que se aproxima á ella con grandes extremos de regocijo, la interrumpe.

—¡Chiquilla, te vas á quedar bizca (idea arbitraria) de tanto escribir!

—Pareces la Galindo...

—Madame Sthael...

—Santa Teresa...

Lili se resigna. ¡Pobre Carlos! Aun una carta vulgar, breve como un telegrama (cuando no existían los de madrugada), lacónica y seca.

Concluye:

«Mamá me llama. ¡Pobre mamá! Ella también está triste y cansada... (Mamá, ¡la pobre!, aparece en el *Lift* vestida de muselina tórtola, florecida de vagas rosas, enjoyada de perlas y empenachada de *aigrettes* fabulosas, pintada, maquillada, estucada como una *cómica*—pensamiento de Lili—, y se precipita hacia ella con grandes aspavientos inútiles.) Tengo que dejarte; el velo de melancolía que envuelve mi pobre alma macerada por la ausencia...»

Y *Boby*, el perro amigo, mira á la embustera con aire reprochador. «¡He ahí—se dice—mi ama, que una vez más escribe mentiras con faltas de ortografía!»

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE ECHEA

LAS GRANDES ACTRICES ESPAÑOLAS



ROSARIO PINO

Insigne actriz, que, después de una larga ausencia, ha reaparecido en Madrid, obteniendo grandes triunfos en el escenario del Teatro Infanta Isabel DIBUJO DE GAMONAL

NUESTRAS VISITAS ROSARIO PINO



Rosario Pino, hab'ando con "El Caballero Audaz"

Nos acomodamos en un rincón del escenario... Era el santo de la genial actriz, y su compañía celebraba la fiesta bailando y riendo en medio del tablado histriónico. Parecía que estaban ensayando un sainete de Arniches. Ahora la música tocaba un pasodoble, y todas las parejas lo bailaban, revolviéndose en giros rápidos y acompasados. Después un tango argentino, y entonces fueron dos solamente las que se atrevieron a bailar.

—¿Usted no baila, Rosario?—le pregunté á la artista.

—¡Oh!, sí; ya he bailado mucho, antes que usted viniera. Ahora hablemos.

Y en el bello rostro de la admirable artista quedó prendido un gesto dulce y apacible de interrogación.

—¿Y esta fiesta tan simpática la celebra su compañía todos los años?

—Sí, todos los años; en dondequiera que nos coja el día de mi santo, se baila un poco, y se beben unas copas de champagne. Claro que, cuando andamos por provincias, y hay campo ó jardín, resulta más agradable.

—¿Se conoce que la quieren á usted mucho?—advertí.

—¡Oh, sí; mucho nos queremos! A fuerza de trabajar y luchar juntos tanto tiempo, hemos terminado por ser una gran familia bien avenida. Son todos muy buenos.

Rosario calló. Estaba sentada en una butaca, con las manos largas y marfileñas reposadas en el regazo. Y sus melancólicos ojos verdes acariciaban los rostros amigos, que la sonreían con cariño y respeto.

Así, en esta dulce actitud, de santa más que de comedianta, permaneció largo rato. Yo la contemplaba. Rosario Pino es todavía una mujer deliciosa. Sus encantos físicos no se han extinguido. Al contrario. Con la madurez de los años su rostro ha ganado en serenidad. Es cierto que sus cabellos ya han empezado á grisear; pero no son tallos de plata, no: es como un leve empolvado, ó como un fuerte reflejo de luz, que contrasta deliciosamente con su cutis fresco, terso y rosado, como hecho con nardos y con rosas.

—¿Me mira usted que ya voy teniendo el pelo blanco?—me preguntó al observar que yo la miraba de hito en hito.

—Sí, en efecto—asentí—; me sorprende del admirable contraste de su pelo tornasolado y su cutis de alabastro.

—Muchas gracias. Alguien me aconseja que

me tiña el cabello de rubio. Yo no quiero. Me parece una ridiculez, ¿verdad? No hay que engañarse. Todo el mundo sabe que no soy una chiquilla, pues si fuese una chiquilla, no podría ser Rosario Pino. No podría haber trabajado tanto ni haber gozado con mi arte tanto como he gozado. Mi vida artística es como una adorable hija que, aunque yo me embadurnase la cara y el cabello, iría denunciando mi edad, porque es ya una mujerona de veinte años que me acompaña á todas partes, y yo me siento orgullosa de ello. Ella es mi gloria..., y ya sabe usted que la gloria es incompatible con la extremada juventud. Mi pelo se va poniendo gris en el escenario. En medio de las comedias que interpreto, no quiero representar la ridícula farsa de mi juventud.

—Piensa usted muy bien, Rosario. Aunque yo creo que, para tomar esta determinación, lo que más influye en usted es un sentimiento de coquetería. Usted está persuadida de que este velado del cabello da más interés á su rostro aniñado.

Rió como una chiquela ingenua; yo, variando de conversación, continué:

—¿Desde muy niña, sentía usted afición por el arte escénico?

—¡Oh!, sí; yo creo que desde que tengo uso de razón era mi sueño dorado. A los diez años ya hacía mi funcioncita en una compañía de aficionados que había en Málaga que se llamaba *Calderón de la Barca*. Después en otra dirigida por José Ruiz Borrego.

—¿Y ya se destacaba usted?

—Pseh—labió llena de ruborosa confusión—. Allí decían los compañeros que sería mucho para el teatro; pero...

—Pero... ¿qué?

—Que ellos qué sabían.

—Ya lo ve usted si sabían; el público ha confirmado los pronósticos... ¿Qué arte cultivaban ustedes en esas compañías de aficionados?

—¡Figúrese usted! Cada dramón, que ponía los pelos de punta! Teníamos en el repertorio un dramita, titulado *Los Carvajales*, que ellos decían que yo lo interpretaba muy bien. No sé... No sé...

—¿Y allá en Málaga se decidió usted por la carrera artística?

—No, señor. Mucho después. Verá usted: Mis padres eran muy pobres—esto lo tengo yo á mucho orgullo—. Vivíamos muy mal, muy mal, con el jornal que mi padre ganaba en una imprenta. En esta situación ocurren los terremotos, que acabaron de arreglarnos: la imprenta donde trabajaba mi padre, se hundió y, claro, nos que-

damos con el día y la noche. ¡Qué angustia, Dios mío!... ¿Qué hacer? ¿A dónde recurrir?... ¡Espantoso!... Un pariente nos aconsejó que nos fuéramos á Barcelona..., y nos metimos en el tren... Figúrese usted qué viajecito, desde Málaga á Barcelona, en tercera... Entonces, y luego, más tarde, me dí yo cuenta exacta de lo doloroso que es vivir... ¡vivir mal!

Suspiró hondamente, y con lágrimas á flor de los párpados, prosiguió:

—Allí, en Barcelona, unos amigos me recomendaron á la Tubau, y ella pudo contratarme, con un drito de sueldo. Piense usted lo que pasaríamos. Pagábamos tres duros de casa. Bueno, ¡había que ver la casa!... Era una gatera en lo alto de un tejado. Y con el duro teníamos que pagar el alquiler, comer toda la familia y vestir. ¡Lo que yo pasé entonces, Dios santo!... La mayoría de los días no comíamos, y tan contentos. Recuerdo que en el piso de debajo vivía un maquinista del Teatro de Novedades. Era una familia excelente, y nos tomaron gran afecto y compasión. Muchos días comíamos gracias á la generosidad de ellos. Todavía vive el bueno del maquinista. Y mire usted, cuando últimamente estuve en Barcelona, ante las aclamaciones del auditorio, salí con él, que ya está muy viejecito, al escenario, y lo abracé delante de todo el mundo, y referí públicamente el motivo de mi agradecimiento por aquel buen hombre. Fué una escena conmovedora. Casi todo el público salió llorando.

—Prosigamos con sus tiempos pasados. ¿Siguió usted con la Tubau?

—No. La Tubau se marchó á América al año de entrar yo en su compañía, y volvimos á quedarnos con el día y la noche.

—¿Por qué no la acompañó usted á América?

—Mi padre me dijo que se moriría de pena al verme embarcar, y... yo no supe condenarlo á muerte. Yo siempre he sido, ante todo y sobre todo, buena hija, por deber y por dictado del corazón.

Hizo una pausa, muy triste.

—Siga usted—la invité.

—Pues nada, que desde que se marchó la Tubau tuve que ganarme la vida haciendo *bolos* por los pueblos de alrededor y cosiendo ropa blanca. Con todo esto lograba sacarme al día dos ó tres pesetas. Los mismos vecinos me proporcionaban la costura, porque yo siempre he sido muy tonta, y... ¡qué sé yo!..., me daba vergüenza de buscarla... ¿Le cansa á usted esto que le cuento?

—Al contrario, Rosario—protesté—, me encanta. Es muy interesante. Siga, siga. ¿Y cuándo se casó usted?

Suspiró tristemente.

—Por entonces—murmuró; y como alejando un mal pensamiento, exclamó—: ¡En fin!... Pues bien, como la vida en Barcelona se nos hacía imposible, nos vinimos á Madrid. Aquí me volvió á contratar la Tubau, que ya había vuelto de América.

—¿Con qué sueldo?

—No recuerdo; creo que con cuatro duros.

—¡Caramba!

—Pero es que ya, para los efectos artísticos, éramos dos. Mi marido y yo.

—¿Se llevaba usted bien con su esposo?

Rosario hizo una mueca de dolor.

—Mejor es que no hablemos de eso. No nos llevábamos ni bien ni mal; yo tenía veinte años y él no me hacía ningún caso. Eso es todo.

Los ojos de la gloriosa actriz estaban llenos de lágrimas. Sus pupilas claras brillaban como dos aceros. Parecía estar representando una mujer benaventiana.

—¿Y con la Tubau?

—Inquirí.

—Estuvimos algún tiempo, hasta que nos contrataron en Lara. A mí, de primera actriz. ¡Oh, Lara! ¡Qué gratos recuerdos guarda para mí ese teatrillo! Ahí fué en donde coseché mis primeros aplausos. Su escenario ha sido testigo de las mayores alegrías é inquietudes de mi carrera artística. ¡Ay, Lara de mi alma!...

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en Lara?

—Estuvimos lo menos ocho ó nueve años.

—¿Y después?

—Después pasamos á la Comedia, y ahí está toda mi vida artística.

—No, falta. ¿Y desde la Comedia hasta ahora?

—He recorrido toda España, con esta compañía que ahora me festeja.

—¿Cuál es el día más feliz que ha tenido usted en su vida artística?

—¡Oh!, el día de mi despedida de Madrid, en el Teatro de la Princesa. Yo jamás había sentido tan cerca, ¡tan cerca de mi corazón!, el cariño que me tenían aquí, y cuando lo vi aquel día, creí morirme de felicidad.

—¿Y el más desgraciado?

—Ese mismo día—repuso rápida—. Fué el día más feliz y más desgraciado de mi vida. Feliz, porque me acarició el público con más cariño que nunca. Desgraciado, porque me iba... Yo entonces pensaba que para siempre. ¡Y es tan triste despedirse para siempre!... En mi vida íntima, la pena más grande que he tenido, fué el día que murió mi padre. ¡Pobre padre mío!...

—¿Hace mucho tiempo?

—Unos ocho años.

—¿Cuál es la artista de su género que más le gusta?

—¿Española?

—Sí, española.

—¡Oh, María Guerrero! Mucho más que ninguna.

—¿Son ustedes amigas?

—Muy buenas amigas. Nos queremos hace muchos años. Ayer estuvo en el teatro, y esta tarde también vendrá á verme.

Un portero que caminaba escondido tras una enorme canastilla de flores, nos interrumpió, entregando á Rosario una tarjeta.

—¡De María!... ¡Qué lindas flores! ¿Ve usted

—Si encontrase teatro, sí.

—¿Desiste usted de su viaje á América?

—No: lo tuve que suspender en Mayo, porque en vísperas de embarcar me puse malísima, con una inflamación al hígado. ¡Estoy muy malita! Casi... casi... á régimen lácteo. ¡Un fastidio! No puedo tomar dulce, ni beber vino, ni comer carnes.

—¡Pobrecita!—lamenté—. ¿Y para cuándo ha aplazado usted su ida á América?

—No sé. Veremos.

—¿Cómo, es que, después de haberse despedido y haber tomado la resolución de abandonar el teatro, no se decide usted á ello?

—Pues verá usted, amigo mío. Mi propósito era, en efecto, retirarme. Y retirarme á una casita de campo, y llevar una vida modesta; pero, en el momento de echar cuentas, me encontré con que todavía no había reunido capital para vivir modestamente. ¡Tenía que seguir trabajando! Esto, dada la locura que yo siento por mi arte, no es, ciertamente, un sacrificio, y menos, cuando todos los días me halaga el público y la Prensa, como me está ocurriendo durante esta temporada en Madrid.

—¿No debió usted jamás abandonarnos!

—No debí... no debí...—lamentó ella también—. Yo creí que había llegado *mi hora*.

—No; quíá. Todavía no hay ninguna que la substituya á usted. Todas juntas no la substituirían.

—Gracias, gracias.

—¿Las obras de qué autor prefiere usted?

—Las que gusten más; yo no tengo preferencia.

—Tendrá usted una que le guste más que las otras.

—Tal vez; pero no acierto... *Rosas de otoño*... es posible.

—¿Y los papeles?

—Siempre me agradó hacer mujeres serenas y sentimentales. Yo no he sentido jamás la niña ni la damita ingenua. ¡Nunca!

—¿Tuvo usted hijos?

—No—suspiró—. Y á esta hora lo siento más, pues ya me van haciendo falta.

—¿Qué es lo que ama usted más de la vida?

—Después de mi arte, el campo, las flores, el cielo y las muñecas.

—¿Cuál es su mejor amigo?

—Qué sé yo. Dios, que es con el que procuro siempre estar á buenas.

La fiesta y el baile continuaban. De pronto, la voz de Da Rosa gritó en acento portugués, en el patio de butacas:

—Falta un cuarto de hora para la función; la fiesta queda terminada.

Calló la música. Y comenzaron las aclamaciones: ¡Viva nuestra directora!... ¡Viva Rosario Pino!... ¡Viva la Prensa!... Al mismo tiempo que daban vivas, las damas de la compañía iban dejando besos y abrazos en las manos y en la frente de la gloriosa actriz.

EL CABALLERO AUDAZ



Rosario Pino, leyendo una comedia

FOTS. CORTÉS

en este delicado detalle que es muy sincero nuestro cariño?

—En efecto—asentí—. ¿Ante qué público le gusta más trabajar?

Meditó un momento.

—No me atrevo á decirselo; ¿y si se enojasen los demás y me creyesen desagradecida?

—No sea chiquilla.

—Me gustan todos los públicos; pero este de Madrid es el mío: el que me hizo artista y el que me proporcionó los ratos más dichosos de mi vida.

—Entonces, ¿volverá usted á trabajar á Madrid después de esta corta temporada?

USOS Y COSTUMBRES

SOTANAS Y MANTEOS



AHORA que es tiempo (y siempre lo fué á estas alturas del año) de algaradas y jaleos estudiantiles, acúdenme á la memoria, con muy notable ahinco, ciertas ordenanzas para el buen régimen universitario que se dieron allá por los comienzos de 1797, reinando el pacífico monarca Don Carlos IV y rigiendo los destinos de España el señor Príncipe de la Paz, Don Manuel Godoy.

Pero no se piense que estas disposiciones sean de orden policiaco ni rectoral, encaminadas á contener desmanes y alborotos, que hacían de las pacíficas ciudades, como Alcalá, Salamanca y Valladolid, emporios del saber hispano, hervidero de luchas y algazaras, sino que encaminábanse principalmente á sostener en uso y costumbre, como prendas tradicionales de los aprendices de doctores, la sotana y el manto.

Nuestros bisabuelos eran muy poco amigos de innovaciones, y gustaban lo menos posible de romper moldes y resquebrajar tradiciones...

Cierto que los aires novísimos que pasaban los Pirineos traíanlos, en cuanto á la cultura y evolución de las ciencias, muy buenas y consoladoras brisas que procurábase aprovechar, y si en el indumento estudiantil no quería adelantar un paso, nó era así en lo que podemos decir alimentación intelectual, que es siempre savia y nervio de una república.

Sobre todo, las ciencias exactas, físicas y naturales, tuvieron un grande empuje.

A la fundación del Instituto asturiano, que con tanta gloria dirigió aquel insigne prócer, D. Melchor Gaspar de Jovellanos, siguió luego la del Cuerpo de *Ingenieros cosmógrafos del Estado*, que tuvo por objeto el estudio de la astronomía teórico-práctica en todos sus ramos, el de las matemáticas aplicadas á la navegación.

La Medicina y la Farmacia, y sus auxiliares

la Química, la Física experimental y la Botánica, tuvieron también notable impulso.

Fundóse el Real Colegio de Medicina en Madrid, y dióse toda la amplitud necesaria á esta ciencia, que hasta entonces estuvo oprimida y deshonrada por el más bárbaro retraso espiritual...

Pero, volviendo al capítulo de indumentaria, que estotro será motivo para sucesivos artículos, pues hay materia bastante, y muy digna de entresacarse de los empolvados infolios, diremos que la gente de manto y sotana quiso marchar á la par de su siglo en modas é indumentos.

A la severidad de la ropa negra y amplia, comenzaron á substituir las telas de colores chillones.

Al alzacuello fuéronse imponiendo las corbatas y chorreras; al zapato de hebilla solía vencerle, cuando nó la bota alta, el de amplios y estirados lazos, y las sotanas quedaban abiertas á un lado más de lo usual, para lucir bajo ellas (aquellos que podían) la riqueza del vestido interior.

Tanto incomodó al señor Príncipe de la Paz esta falta de respeto á los usos universitarios, que luego de recordar que era de rigor el que los estudiantes asistiesen á las aulas de manto y sotana, que desde primeros de curso vistiesen de paño, tejido precisamente en las fábricas del

Reino, pudiendo usar en verano telas de seda lisas, también de las mismas fábricas; que sólo los doctores, maestros y licenciados podrían vestir de seda, pero sin camisolos bordadas ni con encajes, y que ninguno, cuando fuese de hábitos, habría de llevar redecilla, ni peinado de ninguna forma, publicó un bando el 16 de Febrero de 1797, que decía:

«Informado Su Majestad (que Dios guarde) del

desorden que hay en las universidades mayores en el porte y traje de los estudiantes, poniendo algunos más atención en usarlos extravagantes y ridículos que en el uso de la profesión á que van destinados, presentándose con botas; pantalones, lazos en los zapatos, corbata en lugar de cuello, el pelo con soletas, las aberturas de las sotanas hasta las pantorrillas, para que se vean los calzones de color, los chalecos y las bandas; de seoso Su Majestad de evitar los males que salen del uso de dichos trajes, trascendentales á la moral, indecorosos á las universidades y á los que las dirigen y gobiernan, se sirvió comunicar al Consejo la real resolución que tuvo por conveniente...

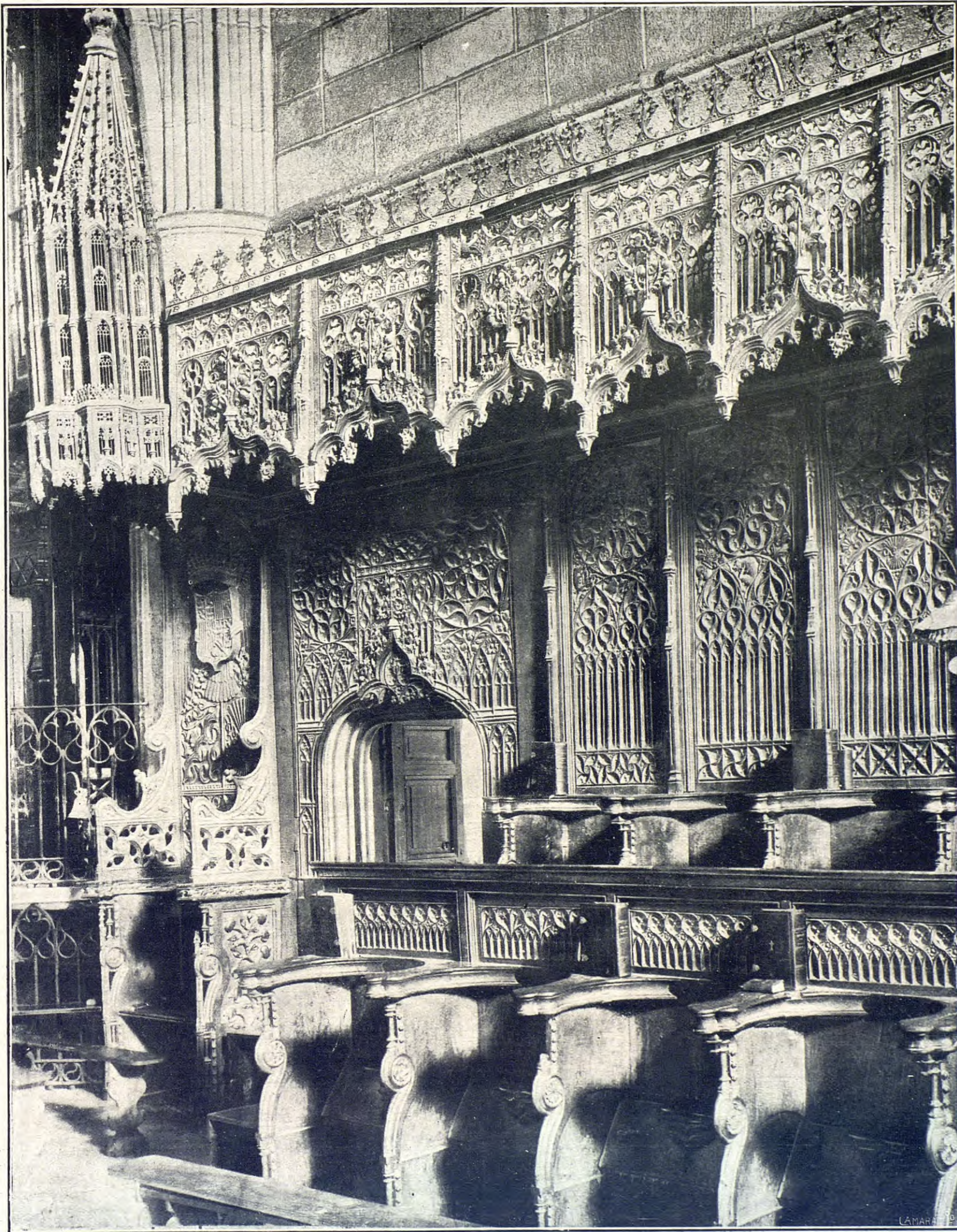
Y fué ratificar las antiguas disposiciones é imponer á quienes no las observaran la pérdida del curso, y aun la expulsión total de las aulas; recomendar el ejemplo á los profesores, so pena de suspensión de empleo y sueldo, y ordenarles que cada dos meses diesen cuenta al Consejo de haberlo cumplido.

Tal se hilaba en punto á sotanas y manteos en los buenos tiempos del Excmo. Sr. D. Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, duque de la Alcudia, señor de la Albufera de Valencia, etc., etc.

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJO DE MARÍN

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



ÁVILA.—UN DETALLE DE LA MAGNÍFICA SILLERÍA DEL CORO DEL CONVENTO DE SANTO TOMÁS, CONSTRUÍDA EN NOGAL, Y CUYA PRIMOROSA TALLA CORRESPONDE AL MÁS PURO ESTILO GÓTICO

La fundación de este convento, que constituye una de las más preciadas joyas arqueológicas de la histórica ciudad abulense, débese á los Reyes Católicos. De esta antigua residencia monástica merecen citarse, por su gran mérito artístico, y aparte la sillería del coro, que reproducimos en esta página, el soberbio panteón del infante D. Juan, hijo de aquellos monarcas, y situado en el centro del crucero, y el notabilísimo artesonado del refectorio, que es una de las más importantes obras de su género.

TRAJES DE BODA



Las modas de los trajes de bodas no se notan, no se ven, no se hacen populares, porque las novias elegantes pasan en los coches cerrados y en seguida se cambian el traje de boda por el traje de viaje, y esos trajes que se ven en los escaparates son los antiguos y clásicos trajes de boda, que no se han modernizado desde los tiempos remotos.

Las novias elegantes debían, quizá, vestir sus trajes blancos y novísimos una temporada, luciendo la nueva moda y la suerte de su nuevo estado. Así no se perderían las bellas iniciativas, esas iniciativas para un solo día, ó al menos, vestirlos en los primeros aniversarios.

Todos los grandes creadores de la moda, como Mme. Paquin y los demás reyes de la costura, hacen de vez en cuando un traje de boda; lo estudian, lo trabajan, buscan la novedad, lo confeccionan con una gran atención; pero el traje muere el mismo día que se usa. Es como una flor que se abre y se deshoja en pocas horas: una azucena, un jazmín ó una flor de almendro que no vive más que un día. Lo efímero de su duración parece que da una tristeza al traje; algo de bella mortaja para enterrar la juventud; por eso es el traje blanco, blanco por la tradición hebrea, en la que es blanco el luto.

Claro que los trajes de boda son exhibidos junto al *trousseau*, puestos en los maniqués para asombro de todas las amigas. Esa es su

mayor gloria, es donde viven más tiempo.

Tiene el traje de boda algo de traje de primera comunión, de traje monjil y de traje de cristianar. Para distinguirlo de ellos, los trajes modernos han adquirido una coquetería que no tuvieron nunca los otros, y han dado al linón, los crespones y las gasas las formas caprichosas que se acentúan en el tocado, evocando la mantilla, el sombrero, la forma de los gorritos íntimos de encaje, gorritos de dormir, poniendo en ellos la expresión y la coquetería de las *toilettes* más caprichosas.

En estos trajes de un día, el capricho dicta todas las formas con toda la suntuosidad que se apetece, y así prenden esos grandes mantos reales de encaje, y esas grandes mantillas blancas, sobre trajes blancos también, ó la gasa eleva sobre la cabeza altos adornos que parecen necesarios sobre las cabezas de las desposadas, por un sentir común que coloca en sus frentes esa especie de suntuosas tiaras ó coronas góticas, que usan las aldeanas noruegas, ó esos capaces policromos de pedrería que llevan las rusas.

Sobre el traje de candidez que simbolizaba el traje de las desposadas, traje demasiado inocente, de una amanerada ingenuidad, había que poner algo que fuese más vivaz, más despierto: algo que diese mejor la idea de estas novias modernas. No podía detenerse en el traje de novia la historia del traje; tenía que pasar el traje de

boda de ser un traje de ritual á ser un traje de sarao; algo con un *chic* de gran traje de baile; algo más mundano y fantástico; algo que rimase con todos los trajes del gran carnaval, variado y pintoresco de la moda.

Hay que modernizar, cada vez más, el traje de boda; hay que hacerlo de una gran seducción, sobre todo ahora que se acentúa el peligro de desaparecer, con la repetición frecuente de vestir las novias traje de calle ó de *soirée*. Hay que renovar este traje blanco, que ejerce una influencia en la solemnidad del casamiento, y evitar que tenga esa cursilería que tienen los trajes de boda anticuados, y que no les haga parecer muertas ó antiguas mujeres que han resucitado para casarse otra vez, como en otros tiempos.

Se puede aprovechar en estos trajes ese margen que queda en ellos para más grandes atrevimientos, ya que es permitido exaltar la belleza de la mujer ese día con una luz y una pomposidad sin límites.

El ideal traje de boda necesita tener una majeza extraordinaria, para grabar fuertemente la impresión que debe quedar de ese día: ser semejante á esos maravillosos trajes de hadas que alucinan nuestra fantasía.

CARMEN DE BURGOS

(«Colombine»)

DIBUJO DE ZAMORA



Y^A era tarde!... Cuando Lucas y sus peones llegaron á la quebrada, el caballo de Juan, con la montura ladeada, bebía tranquilamente en un remanso del río. El cuerpo del jinete, tendido en el suelo, cara al sol, con los brazos abiertos, parecía crucificado en la tierra.

Bajaron de sus caballos los peones, rodearon al muerto y, emocionados, se descubrieron respetuosamente. Sólo Lucas, caballero en su pingo, empuñándose sobre los estribos para ver el cadáver por encima del cerco de cabezas que formaba su gente, permaneció con el chambergó encasquetado.

—¡Cha, digo! Lo que siento es que se me haya escapao...—Y así diciendo sacó del cinto un cuchillo que brilló al sol con trágicos reflejos—. A ver, muchachos, ábranme cancha... no sea que me la esté jugando este maldito...

Los peones abricón el círculo, y aterrados por

la ferocidad del capataz, se cubrieron la cara con los chambergos, sin atreverse a mirar.

Lucas se afirmó en la silla, sofrenó el pingo, tomó el filoso cuchillo por la punta y, despidiéndolo con impulso violento, lo hizo silbar dando vuelta en el aire hasta que se clavó, con la fuerza de un rayo, en el mismo corazón del muerto. El cuchillo quedó cimbrando en la herida.

La peonada tembló de espanto.

—¡Ah, tigre!... ¡Milico viejo!...—exclamó Lucas satisfecho por su hazaña—. ¡No en balde había de tener esta puntería!... ¿Qué les parece, muchachos?... Pero ¿cómo?... ¿Se han quedao callaos?... ¿Tienen miedo?...

Los peones se miraron... no se atrevían a decir palabra.

—Tomen este lazo y átenle al maldito las piernas bien fuerte, no se vaya a escapar. Y vos, Lucio, acércate y pásame el cuchillo.

Lucio, el más joven de todos, casi un niño, tembló de pies a cabeza, la sangre se le heló en las ve-

la arboleda, como huyendo de aquel cuadro dantesco, y sus últimos reflejos tiñeron de rojo el cielo.

El silencio era imponente. Sólo se oía en la inmensa Pampa el trote de los caballos de aquel lúgubre cortejo y, de cuando en cuando, las maldiciones del capataz, que, al frente de sus peones, arrastraba el cuerpo despedazado del muerto.

Ya era media noche cuando Lucas llegó con su gente a los portones de la estancia.

—Bueno, muchachos, váyanse a descansar. ¡Buenas noches!

La peonada, que había hecho alto rodeando al capataz, lo saludó y, como gruesa de cohetes que hace explosión en todas direcciones, salió al galope hacia el caserío. Sólo quedaron en medio de las tinieblas el muerto, Lucas y Lucio.

Lucas echó pie a tierra y, como si recogiera la cuerda de un barrilete, fué tirando del lazo hasta que el muerto llegó a sus pies. Levantó del suelo el montón deforme de carne desgarrada, y cruzándolo

ojos—. Decíme, Rosario, no me engañés: ¿vos habéis tenido algo con Juan el marcador?...

—¡Lucas!

—El maldito, me dijo esta mañana, delante de toda la peonada, que vos me engañabas..., que yo era un... ¡qué sé yo!... y cuando me le fuí encima para arrancarle la lengua, saltó sobre su caballo y salió gritando por el camino de la quebrada como alma que lleva el diablo. ¿Y sabes lo que gritaba? Pues gritaba bien claro: «Sos un... tu mujer... ¡conmigo!... ¡conmigo!... ¡conmigo!» ¡Pucha que corrió el maldito; pero no se había d'ir muy lejos siguiéndole yo la huella!

—¡Y lo encontraste!—exclamó con angustia Rosario.

—Lo encontré, sí, pero... muerto. En la carrera se abrió la cabeza contra el suelo..., se cayó del caballo... ¡Cha, digo! Yo que le hubiera querido agarrar vivo para que hablase...

Rosario temblaba, y el frío de la muerte heló su sangre.



nas y no pudo dar un paso. Se quedó petrificado de temor mirando al capataz.

—¿Vos también tenés miedo?... ¿O no me has oído? ¡Pucha, que habías sido maula! ¡Pásame el cuchillo te digo!

El infeliz muchacho, más muerto que vivo, se acercó al cadáver, cerró los ojos y, con mano trémula, arrancó el cuchillo de la herida.

Mientras tanto, los peones ataron a los pies del cadáver un extremo del lazo y entregaron el otro al capataz, que a su vez lo amarró fuertemente a la cincha de su recado.

—Arriba, muchachos! Arreen el overo y siganme, que vamos a llevar como se merece este maldito.

Los peones montaron en sus pingos, silenciosos y asustados.

El capataz picó espuelas a su caballo y emprendió el trote hacia la estancia.

El lazo se estiró como cuerda de guitarra; el cuerpo del muerto dió un fuerte sacudón y, girando sobre sí mismo varias veces, salió dando tumbos y pegando con la cabeza lúgubremente contra las piedras.

Era la hora del crepúsculo; el sol desaparecía tras

sobre el apero de su caballo, tomó de la brida al animal y emprendió a pie la marcha hacia las casas, con la cabeza baja, murmurando entre dientes una letanía de maldiciones.

Lucio cerró la tranquera, se adelantó al trote, llevando de la rienda el caballo del muerto, y se perdió entre los árboles en dirección al potrero.

Al ruido que produjeron los caballos al pasar por la vereda de piedra que rodeaba la casa, una luz apareció en el cuarto del capataz, y una silueta de mujer se destacó tras los cristales de la ventana.

—Asómate, Rosario—gruñó Lucas—, asómate...

La mujer del capataz abrió la ventana y colocó una lámpara en el pretil para alumbrar la entrada de la casa.

—¿Qué pasa, Lucas?

—Nada... salí...

La silueta desapareció, y unos segundos después, una mujer joven, de hermoso cuerpo, salió de la habitación lentamente.

—¿Qué me querés?

—Quiero...—dijo Lucas, tratando en vano de dominar su emoción—, quiero que te fijas en lo que voy a decirte... Mirame bien..., así...—y sujetando a su mujer por las muñecas clavó en ella sus

—Ahí lo tenés al maldito; decíle que te repita lo que dijo, decíselo, Rosario.

La mujer del capataz sintió, aterrada, caer a sus pies el cuerpo mutilado de Juan, y loca, ciega de angustia y de rabia, se desprendió bruscamente de las manos de Lucas y se echó de bruces sobre el cuerpo del muerto; tomó entre sus manos la cabeza ensangrentada y, apartándole los pelos que cubrían la frente, estampó en ella un beso largo y sonoro que hizo estremecer de indignación a Lucas.

—¡Juan! ¡Juan!

El capataz contempló el cuadro inmovilizado por el espanto, con el corazón oprimido por una sensación desconocida...

—¡Ahí lo tenés!...—exclamó por fin, rompiendo su silencio—, ¡hácelo hablar, que repita lo que dijo!

Rosario dejó caer contra las piedras la cabeza de Juan, se irguió enloquecida por el dolor y, encarándose con Lucas, exclamó:

—¡Qué ha de hablar si lo has muerto... si lo has muerto a mi Juan... a mi Juan de mi alma!

EMILIO DUPLY DE LOME

DIBUJOS DE PELÁEZ

LEYENDAS Y TRADICIONES MADRILEÑAS

LA CALLE DE AMOR DE DIOS

DEBE su nombre á una imagen de Nuestra Señora del Amor de Dios que se veneraba en la citada calle en aquellos tiempos en que la religiosidad popular, más exaltada que en nuestros días, llevaba su piedad al extremo de bautizar lugares y parajes con el nombre santo de lo que excitaba su credulidad, con el divino sortilegio de milagros y prodigios que sorprendían la inteligencia del pueblo.

Son, por consiguiente, esas calles antiguas, apartadas, solitarias y silenciosas, las que más elocuentemente suelen hablarnos del pasado, en cuanto ese pasado tiene de infantil y bondadoso, de optimista y confiado, de inocente y plácido. Porque no hay nada en ellas que recuerde sucesos y episodios sangrientos, dramáticos y extraordinarios, sino voces que relatan sencillas historias de consejos buenas, grata expresión de un mundo bueno también. Hoy, cuando desde la cumbre de ese doliente escepticismo que los años nos dejaron, nos ponemos á pensar en aquellas tradiciones primitivas del Madrid antiguo, parece que nos trasladamos á la infancia de nuestra civilización, cuyos baluceos fueron aquellas idealidades, aquellos sueños y aquellas creencias, que cristalizaron en un nombre, en una leyenda y á veces en unas frases, como estas que nos hablan del Amor de Dios...

ooo

¡Calle de este nombre!... Dijimos que nada recordaba en ella, tragedias pavorosas, ni sombríos dramas; y, sin embargo, algo tan hondamente trágico y dramático como la horrible agonía del genio maltrecho, caído, desventurado y misero, se halla asociado á ella, con la muerte de Manuel Fernández y González, acaecida en una casa de la citada calle, en Enero de 1888; es decir, hace veintinueve años: toda una vida en estos días febriles, vertiginosos y locos... La áurea pluma del maestro, de D. José Ortega Munilla, tejía con el relato de la muerte del autor de *Los Monjes de la Alpujarra*, una de esas páginas admirables y conmovedoras tan propias de su estilo singular y varonil, aportando tal vez anécdotas desconocidas é interesantes, que nos acabarían de revelar á Fernández y González tal y como fué: con toda su petulancia, toda su altivez, toda su fiera y toda aquella indomesticidad que constituyó su fuerza... Pero el maestro quizá no lo haga, y por esto lo intentamos nosotros, poniendo en nuestras palabras todo el fervor que nos inspiran aquellos hombres que pasaron y fueron como nosotros no seremos nunca; esto es: desprendidos, ilusos, quimeristas, fastuosos, insolentes, audaces, geniales, imaginativos, grandes, imprevisores, pródigos y admirables...

ooo

Manuel Fernández y González encarnó en sí los defectos y excelencias de una edad brillante; edad de los oradores elocuentes, de los poetas inspirados, de los conspiradores valerosos, de los escritores con imaginación creadora, de los dramaturgos inimitables, de los grandes trabajadores y los grandes perezosos; edad gloriosa, en suma, por ser época de renovación y pujanza. También el maestro antes aludido, que por razón de su edad tal vez alcanzara los últimos latidos de aquel período sin igual en nuestra historia, podía decirnos algo de lo que fueron los hombres que constituyeron aquel mundo complicado, extravagante, sugestivo y magno, estableciendo de paso la inevitable comparación con

el nuestro, es decir, con el que formamos nosotros, mozos sin mocedad, jóvenes sin juventud, rebeldes sin rebeldías...

ooo

Siempre que paso frente al café de Zaragoza, recuerdo á Manuel Fernández y González con evocación misericordiosa y cordial. Allí se refugió cuando, en el ocaso de su vida, ciego, aniquilado, vencido por el tiempo, era una ruina.

Y allí fué también donde se le presentó Blasco Ibáñez, recién fugado del hogar paterno, para servir de secretario y compañero, de amigo y guía, al todopoderoso novelista, ídolo en su época de todo un mundo ilustrado.

Fernández y González asistía en vida á los funerales de su genio. Y eran sus tempranas y prematuras exequias ceremonias sin resonancia, sin rumor apenas, apagadas y misteriosas, como

quebrantable fe de un amor que sobrevivía á los infortunios, y para el que las mismas nieves de los años diademas inmortales eran. Ambos, en el epílogo de una existencia complicada y ruinosas, habían ido á refugiarse en un lóbrego cuarto de la calle de Amor de Dios. Y allí, como si este nombre fuera el símbolo de su postrera esperanza, vivían con la vista puesta en el mañana equivoco que, á no ser por aquel mismo amor de Dios, sería el funesto acabar de los precitos...

ooo

¡La agonía del genio!... Nada hay tan profundamente doloroso como la silenciosa y desesperada muerte de los que, gozando un día de los favores de la fortuna, vense en la suprema y última hora de su existencia abandonados de todos, solos con Dios y su conciencia... Entonces es cuando llegan los remordimientos, las desesperadas evocaciones, el pedir cuentas del tiempo malogrado, de los días perdidos, del tesoro de energías dilapidado en locas y temerarias empresas, del talento, que para nada sirvió, y el decirse, con el escritor ultrarromántico, que el poeta

«es una planta maldita
con frutos de bendición...»

Así moría, en la madrugada del 6 de Enero de 1888, Manuel Fernández y González, en un misero cuarto de la casa número 17 de la calle de Amor de Dios, dejando, por toda herencia, seis reales que se hallaron en su chaleco.

Este legado hablaba, con harta elocuencia, de lo que fué su vida, agitada y pródiga. ¡Seis reales!... Esto es: la miseria, que regateó quizá una medicina para que al día siguiente no fuese el hambre, triste, negra y execrable, la que viniese á completar su destructora obra. ¡Seis reales!...

ooo

Sepultado el poeta con la magnificencia que aquí guardamos para los muertos, poco á poco fué apagando su recuerdo. Quedaban sus obras, mil veces editadas y otras tantas agotadas; queda-

ba su nombre esculpido en perdurables mármoles de gloriosas lápidas; pero de sus infortunios y pesares no quedaba nada en la memoria de nadie. Había una realidad aflictiva y desventurada: su viuda, que paseaba su ancianidad, desvalida y misera, implorando la caridad de editores, amigos y conocidos; su viuda, víctima también del destino trágico que presidió la vida y gobernó la muerte del portentoso escritor...

Pero la mujer no había de quedar abandonada también. Años después se la vió desempeñando una plaza de celadora en la sala de presas del Hospital Provincial, con el haber de unos cuantos reales que le servían para ir tirando de la dura cadena de la vida...

ooo

¡La calle de Amor de Dios!... Nada heroico y extraordinario hay en ella; nada que hable de episodios históricos y sorprendentes; sólo hubo un poema angustioso en pasados años; poema del que fué héroe un poeta caballeresco, desprendido, iluso, soñador y creyente. Su fe de anciano le llevó á morir allí, en la mencionada calle, cuyo nombre simbólico expresaba que el que moría empobrecido por el falso amor humano, necesitaba ser redimido por el único y santo amor de Dios.

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

DIBUJO DE MARÍN



PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA

